



memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR
2023

mirando al futuro

EL CAMBIO DEMOGRÁFICO CAMINANDO HACIA NUEVOS ESCENARIOS

Depósito legal:

Coordinación de la edición

UDP. Unión Democrática de Pensionistas
y Jubilados de España

Textos

Equipo UDP

Imágenes

Archivo familiar

COORDINA:



FINANCIA:



JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Sanidad y Servicios Sociales

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

2023

memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

“ No te rindas por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se ponga y se calle el viento,
aun hay fuego en tu alma,
aun hay vida en tus sueños,
porque cada día es un comienzo,
porque esta es la hora y el mejor momento,
porque no estas sola,
porque yo te quiero.

Mario Benedetti

memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

Índice

1-. Presentación 06

2-. Mujeres para recordar

Abilia Guillén Calle	10	Juliana Fresneda Rico	82
Agustina Vinagre Guzmán	16	Laureana Hurtado de Mendoza Caro	90
Amelia Delgado Borrega	24	Magdalena Domínguez Galván	98
Amparo Cascón Cascón	30	María Ángeles Veleda Santamaría	108
Ana Hernández Fernández	38	María del Carmen León Cascón	116
Eugenia Morales Antón	46	María Jesús Barroso Pastor	122
Felisa Pérez Fonseca	54	María Remedios Candelario Soto	130
Felisa Pérez Hisado	60	María Teresa Romero Martínez	138
Isabel Corcobado Tena	68	Purificación Soto Díaz	146
Isabel Moreno Prieto	74	Rita Leandro Gómez	156

Presentación

“*Memoria Viva*”, en su cuarta edición, vuelve este año a llamar nuestra atención, invitándonos de nuevo a dirigir nuestra mirada a estas mujeres extremeñas que comparten unas pinceladas de sus vidas con nosotros. Participando en esta iniciativa nos animan a asomarnos a sus vidas y traspasar la sencillez que las envuelve para descubrir el saber, la experiencia, vivencias y amor que conforman sus memorias y corazones en ésta, su querida tierra extremeña.

El devenir de nuestras vidas, en su discurrir diario, está sujeto a la inmediatez y resonancia de no pocos eventos y situaciones efímeras, mediáticas y noticiosas que están a menudo dirigidas a alimentar los egos de personajes “famosos”, muy lejanos en sus vidas y situaciones de la realidad en la que vivimos la mayor parte de las personas. Y es precisamente esa realidad la que encontramos en estas páginas, con mujeres mayores que reclaman nuestra atención y nos hablan con sencillez y ternura de sus vidas, querencias, problemas y retos del día a día que todas ellas han afrontado, lejos de focos y estridencias.

Ser mujer es un reto. Ser mujer mayor lo es más. Vivir en el ámbito rural suma a este doble reto, el “más difícil todavía”, cual espectáculo circense que, sin embargo, tantas personas desconocemos u olvidamos. Y este es el sentido de Memoria Viva: hacer de la vida cotidiana de este grupo de mujeres extremeñas, mayores y rurales el epicentro de nuestro interés, aunque sea una vez al año. En este libro queremos hacerles protagonistas de la vida, de las suyas, pero también de las nuestras, porque sus vidas son el repositorio de nuestra propia historia. Su trabajo, dedicación y compromiso hicieron posible las vidas de muchas personas, hijos, hijas, nietas y nietos que tanto les debemos. Las únicas “luces” que esta publicación les ofrece son las de nuestras miradas y corazones. Y sabemos que esta iluminación les reconoce y, de alguna forma, les hace sentirse bien, protagonistas por un día de todas nuestras luces.

En estas páginas vamos a descubrir a 20 mujeres extremeñas que han transcurrido sus vidas con energía, optimismo y entrega a sus familias, vecinos y vecinas. Les acompañó no pocas veces la dureza de la carestía que les tocó vivir. A pesar de ella, desde niñas

aprendieron a enfrentar el presente y a levantarse cada mañana para acometer el duro trabajo y dedicación de cada día. Y lo hicieron sin perder la alegría, el humor y el amor por los suyos.

Ellas son Ana, Laureana, María Teresa, Isabel, María Ángeles, Agustina, Purificación, María del Carmen, Felisa, María Remedios, Amparo, Magdalena, María Jesús, Abilia, Amelia, Juliana, Felisa, Rita, Eugenia e Isabel. Todas ellas, mujeres valientes y fuertes, que han transmitido con convicción a sus descendientes la sabiduría que encierran las pequeñas cosas, el valor del aprendizaje ante un mundo exigente para quienes, como ellas, no nacieron con la vida resuelta y tuvieron que labrar cada momento para un día poder cosechar el fruto de su esfuerzo, dedicación y, en ocasiones, sacrificio.

Este libro, a lo largo de sus páginas, nos traslada a Almendralejo, Valdepeñas, Badajoz, Barcarrota, Don Benito, Calzadilla de los Barros, Los Santos de Maimona, Mérida, Montemolín, Puebla de Alcollarín, Valdelacalzada, Valdastillas, Villanueva de la Serena,

Trujillo, Alcántara, Cabeza del Buey, Miajadas, Navalmoral de la Mata y Zarza de Montánchez, todos ellos municipios de esta bella Extremadura de gentes vitales, sencillas y trabajadoras. En cada uno de estos pueblos vamos a recorrer de su mano el espacio que albergó sus afectos, saberes y sueños.

Disfruta de este libro, disfruta de ellas. Escucha sus palabras, aprende de su testimonio. Estoy segura de que su lectura te hará quererlas y, sobre todo, valorarlas. Como mujer que soy, también mayor y rural, te pido por último que te sumes a las voces de tantas y tantas mujeres mayores que buscan ser respetadas, valoradas y visibles. Sólo así haremos de nuestra sociedad un espacio digno para todas las edades en el que tengamos derecho a envejecer con autonomía y dignidad.

Inmaculada Ruiz Martín
Presidenta Nacional de UDP

memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

2023

Abilia Guillén Calle

96 años
Valdastillas (Cáceres)

“ *Longeva luchadora entre cerezos.
Infancia marcada por la orfandad
y por su capacidad de resiliencia.
Burladora profesional de la muerte.
Apasionada de la vida.*



Abilia Guillén Calle, a sus noventa y seis años es la vecina más longeva de Valdastillas. En realidad, nació en Piornal el veintiocho de marzo de 1927, pero, desde muy pequeña, vivió con su familia en la finca de Martín Román, situada entre Piornal y Valdastillas. Su padre se llamaba Severiano y su madre Ruperta. Juntos tuvieron cuatro hijas, pero en su hogar había alguien más, un niño huérfano *“al que ellos sacaron del orfanato y lo criaron como a uno más”*. Se llamaba José.

Eran tiempos duros pero dichosos. Lastimosamente no duraron mucho porque su padre murió cuando Abilia tenía tan sólo quince años. Así pues, ella, José y sus tres hermanas, Fernanda, Cándida y Encarna, quedaron huérfanas de padre. *“No nos quedó más remedio que ponernos a trabajar en el campo”*, señala. Fue fundamental para ayudar a su madre a seguir adelante.

La situación empeoró bastante al poco tiempo, ya que sólo un año después murió también su madre. El desamparo que sintieron fue inmenso. Pero había que seguir adelante. Por aquel entonces sus dos hermanas mayores estaban ya casadas. Así que Abilia, aún adolescente, se hizo cargo de su hermana menor, que apenas contaba once años. Tuvieron que trabajar muy duro juntas para salir adelante. Y lo consiguieron.





Formar una familia

A los diecinueve años, Abilia se casó. Formó su hogar con un joven agricultor llamado Donato. Se dedicaba a la poda, a la recogida de heno, a injertar cerezos y a construir paredes de piedra. Donato fue su compañero de vida hasta que falleció a los setenta y cinco años. Juntos tuvieron ocho hijos: tres hombres y cinco mujeres.

Como aquellos eran tiempos difíciles, Donato se tenía que ir algunas temporadas a trabajar a otras ciudades para poder mantener a toda la familia. Entonces Abilia se quedaba al cargo absoluto del cuidado de los ocho hijos, “¡con lo que conllevaba eso!”. Todos tenían edades muy cercanas. Entre ellos no se llevaban más de dos o tres años, lo que era una complicación añadida.

Abilia se quedaba al cargo absoluto del cuidado de los ocho hijos, “¡con lo que conllevaba eso!”.

En su larga vida Abilia ha burlado a la muerte hasta en tres ocasiones. Acababa de cumplir los treinta años cuando sufrió una obstrucción estomacal que la llevó a estar ingresada en el hospital de Cáceres durante tres meses.

Sus familiares pensaban que no sería capaz de superar el trance. De hecho durante aquellos meses “repartieron a los ocho hijos entre sus hermanas para asumir su posterior crianza. Uno de ellos no tenía más de ocho meses, era sólo un bebé”.

En su larga vida Abilia ha burlado a la muerte hasta en tres ocasiones.

A los ochenta y ocho años, padeció un cáncer de colon, “y hasta precisó de una colostomía”, relata su familia. Por último, a los noventa y cinco años, sufrió una sépsis. Por fortuna, de todo ello se ha recuperado holgadamente y en este momento se encuentra en perfecto estado de salud. Es sorprendente que, a pesar de todas estas enfermedades y vicisitudes, Abilia haya salido adelante y siga siendo una persona activa y vital.





Es algo en lo que sus experiencias hospitalarias y el paso del tiempo no le ha cambiado nada. A ella le sigue gustando participar en la mayoría de las actividades que se convocan en su localidad. Aunque en este momento no vive en Valdastillas, sino a pocos kilómetros, en Navaconcejo.

Allí se encuentra el centro residencial en el que vive, mucho más adaptado a sus condiciones físicas en este momento. La cercanía geográfica entre las dos localidades le permite disfrutar de su familia, que en este momento está compuesta por sus ocho hijos, a los que hay que sumar diecisiete nietos y dieciséis bisnietos.

A Abilia le sorprende la revolución que ha supuesto el teléfono móvil en sus vidas y las horas que le dedican a la pantalla.

Cuando conversa con ellos, surgen lógicas comparaciones entre su dura infancia y la infancia y la juventud de hoy día. A Abilia le sorprende la revolución que ha supuesto el teléfono móvil en sus vidas y las horas que le dedican a la pantalla, pero tira de prudencia al ser preguntada por ello, “*prefiero no opinar*”, confirma.

Agustina Vinagre Guzmán

86 años

Barcarrota (Badajoz)

“ *Rica en humildad.
Puntada con hilo.
Habitante pionera.
Experta en cuidados, en patatas con
cordero, y en el amor.
“El que está para una”.
El que reparte entre todos.*



A sus ochenta y seis años, Agustina es experta en el arte de lograr que una familia se mantenga unida pese a las adversidades.

Ella sabe bien qué es el cariño. Lo ha respirado en su familia, humilde económicamente, pero *“a la que nunca ha faltado de nada”*, subraya. Ser la mayor de catorce hermanos no fue cosa menor, aunque tuvo alguna ventaja, porque es la única que puede recordar la boda de sus padres: Agustina relata como con diecinueve años *“mandaron a mi padre a la guerra”*. Corría el año 1936 y



ella nació en 1937. Su madre la había concebido antes de que su padre marchara. A su regreso del frente, él tuvo que hacer dos años de servicio militar en Badajoz, *“pero pidió permiso para poder salir a casarse”*.

Como en aquella época tener hijos fuera del matrimonio no era algo habitual, y mucho menos casarse cuatro años después de haber nacido la primera hija, la boda se celebró a la una de la madrugada. Como niña que era, siente que quedó un tanto desplazada del evento, *“me quedaron en casa de una vecina”*, relata, *“¡pero recuerdo perfectamente a mi abuela haciendo roscas y dulces para ese día!”*

Su padre fue agricultor. Se encargaba de vender a los pueblos vecinos de la localidad, Barcarota, los alimentos que sembraba en una pequeña huerta. *“Así ganaba unas pesetas que le servirían para mantener a la familia. Con lo que ganaba compraba leche, pan...y con una parte de lo que cultivaba, comíamos en casa”*.

Sembraba todo tipo de alimentos: garbanzos, altramuces, verduras, hortalizas... Agustina evoca como en los momentos cruciales de la siembra o de la recogida, se hacía en su hogar más visible la unión que tenían todos los miembros de la familia *“ya que todos ponía su granito de arena para ayudar”*.

Emigrar a un pueblo de colonización

Agustina tenía catorce años cuando toda su familia se marchó de su pueblo a vivir a Guadiana del Caudillo, un pueblo de nueva construcción, en el que ellos serían de los primeros colonos que lo habitaran, lo que, de entrada, parecía ofrecer múltiples oportunidades para mejorar la calidad de vida de la familia: les proporcionaban una casa mucho más grande que la que habitaban. La que tenían se les quedaba pequeña para las diez personas que en aquel momento formaban su núcleo familiar (sus padres, su abuela materna y siete hermanos). Además, les ofrecían suficientes hectáreas para que su padre pudiera seguir con el negocio.

Agustina narra como la decisión de dejar su pueblo natal fue bastante meditada. Sus padres sopesaron largamente la decisión pues suponía *“tener que abandonar a los familiares y dejar todo atrás para empezar de nuevo”*. Sabían además que sería un proceso difícil para sus hijos, pero finalmente, un caluroso día de verano, tomaron la decisión de marcharse.

Agustina tenía catorce años cuando toda su familia se marchó de su pueblo a vivir a Guadiana del Caudillo.

No tuvo problemas para hacer amigas. Ella siempre ha sido muy agradable, simpática y cariñosa, por lo que, desde el primer día, su puerta estuvo llena de chiquillas esperándola para jugar. *“Pero todo no podía ser jugar y estar en la calle”*. Agustina explica que en su casa eran muchas bocas para comer *“y al ser la mayor tenía que contribuir”*. Así que se puso a trabajar en casa de doña

María, la mujer del maestro de obras de las nuevas construcciones que se estaban haciendo en el pueblo.

Agustina se ocupaba de limpiar la casa y mientras, de reojo, miraba como la señora María hacía de comer. Así fue como aprendió los *“truquillos”* de cocina que luego transmitió a otras generaciones.

Ella estaba muy a gusto trabajando con Doña María, pero al cabo de un tiempo lo dejó por otro trabajo que su abuela materna le consiguió, porque pagaban más dinero y tenía mejores condiciones.

Posteriormente pasó a trabajar en la casa de un perito del Instituto de Colonización. Su mujer, de nombre Pura, había dado a luz recientemente y se encontraba enferma, por lo que ella debía cuidarla.

Se trataba de una familia pudiente. De hecho tenían una chica que les limpiaba la casa, les planchaba la ropa y les hacía de comer. Para suerte de Agustina, un día esta chica no pudo ir y la señora Pura le dijo que ese día ella haría la comida.

Agustina, explica, *“estaba como un flan, sin saber nada de cocina e intentando acordarme de aquellas miradas de reojo que le echaba a los guisos de la señora María”*.

El recuerdo no sería tan vago ni los nervios tan estresantes, porque ese día Agustina cocinó *“las mejores patatas cocidas con cordero que jamás se habían comido en aquella casa”*. Así fue como, a pesar de su corta edad, Agustina pasó a ser la encargada de la casa.

Cuando el hijo pequeño de los señores de la casa creció, la señora Pura necesitó a alguien que cuidara de sus tres hijos y del hogar al completo, por lo que Agustina dejó de trabajar para ellos. Este cambio permitió que ella tuviera más tiempo libre, aunque sólo relativamente, porque por las mañanas ayudaba en su casa yendo con una yegua a por leche.

Por las tardes, Agustina aprovechaba su tiempo para retomar los estudios. Quería aprender sastrería. En Barcarrota había ido a la escuela, por lo que sabía leer, escribir, y, además, su madre la había apuntado a un taller de costura para que también aprendiera a coser.

Agustina se ocupaba de limpiar la casa y mientras, de reojo, miraba como la señora María hacía de comer. Así fue como aprendió los “truquillos” de cocina.

De esa época de aprendizaje de sastrería, Agustina conserva una anécdota: *“Mi tía me regaló un dedal de plata y yo, muy contenta, me lo llevé el primer día a casa del sastrero. Él me preguntó que si era*

mío, y al responder que sí, se lo llevo. Cuando volvió con el dedal, vi que le había quitado el hondón dejándolo solo con las partes laterales, para que aprendiera a coser como de verdad se cosía, por los lados.”

Agustina refiere como años después estas clases le fueron de gran utilidad, ya que empezó a ganar algo de dinero cosiendo para la gente del pueblo.

Quien está de ser para ti, será

En aquel tiempo en el que Agustina colaboraba en casa yendo a por leche en la yegua, pasaba todos los días por

delante de una parcela. Y siempre le decía adiós a un muchacho llamado Teodosio que trabajaba allí. Era hermano de una de sus amigas, de las primeras colonas en Gadiana. A pesar de la cercanía con Teodosio, nunca le llamo la atención *“más allá del hecho de ser el hermano de mi amiga y un vecino más”*. No era recíproco. Él sí se había fijado en ella desde la primera vez que la vio pasar con la yegua por la parcela, diciendo para sí: *“Esta muchacha tiene que ser mi novia”*.

Agustina explica como en sus paseos rutinarios por las calles del pueblo con sus amigas, un día empezaron a pasear con ellas unos muchachos, entre los que estaba Teodosio. Mucho tiempo después, tras la insistencia de sus amigos y conocidos, Teodosio se animó decirle a Agustina que le gustaba. La respuesta que recibió no fue muy amable: *“Le pegué un pinote y lo mandé con su madre”*. Toda una evidencia de que ella, por aquel entonces, todavía no se había fijado en él.

Agustina evoca un refrán muy antiguo que dicen las abuela: *“quien está de ser para tí, será”*. Eso mismo les pasó a ellos.

Estuvieron separados sin saber nada el uno del otro algún tiempo, ya que él estaba en la mili y ella en Barcarrota, pasando unos meses con su familia.



Cuando los dos regresaron al pueblo y se volvieron a ver lo primero que pensó ella fue: “*este muchachito está de buen ver. Míralo, no me acordaba yo bien de lo guapo que era...*”.

Fue a partir de una noche de verano, de cine y silla compartida, que empezaron a verse más a menudo, no en su puerta, sino en la puerta del vecino “*por miedo a qué diría mi padre*”. Pero como su padre la quería tanto, y comprendía la situación, lo único que les dijo fue que “*para estar en puerta ajena, yo tengo la mía*”.

Con veintidós años, y después de seis de novios, Teodosio y Agustina se casaron. “*Con las pocas cosas que teníamos y con las que nos habían podido dar, nos fuimos a vivir a casa de mis padres*”. Su padre les cedió una habitación para que pudieran comenzar su vida de casados hasta que tuvieran una casa propia.

Tras tres años viviendo con sus padres, y después de mucho insistir para que les pudieran dar una casa, por fin consiguieron la suya. También les cedieron una parcela y una vaca, “*y poco a poco nos fuimos haciendo de más ganado*”.

Una vida feliz, entre cuidados y amor

Agustina mira atrás y expresa rotundamente que toda su vida ha sido pura felicidad. Narra como ha vivido volcada en los suyos, dedicándose por completo a cuidar a sus hermanos, hasta tal punto que cuando se mudaron a su nueva casa, su hermana pequeña se fue a vivir con ellos. Teodosio y ella la quisieron con locura, como la hija que nunca tuvieron.

En su vejez Teodosio enfermó y Agustina de nuevo se volcó en cuerpo y alma en sus cuidados. Para ella fue doloroso que, a causa de su enfermedad, él no la reconociera, pero aun así no se separó de su lado ni un solo momento. En los once años que Teodosio estuvo enfermo, Agustina lo arropó, y se sintió totalmente arropada por el cariño de sus hermanos.

Hace algo más de un año, Agustina volvió a su pueblo natal, esta vez para vivir en la residencia de mayores de Barcarrota. De nuevo, revivió las sensaciones de nostalgia ya experimentadas tras su primer traslado, porque dejaba en Gadiana a todos sus seres queridos. Tal es así que no desaprovecha ninguna oportunidad para reunirse con ellos y compartir momentos juntos.

Con veintidós años, y después de seis de novios, Teodosio y Agustina se casaron.



En esas reuniones flota en el ambiente la unión y el amor entre todos los miembros de su familia. *“Si nos reunimos para lo malo, no debemos desaprovechar la ocasión para reunirnos en lo bueno, como cuando mi hermano Luis cumplió ochenta años, o en las navidades”.*

Agustina mira atrás y expresa rotundamente que toda su vida ha sido pura felicidad.

Agustina habla con absoluta entrega de sus hermanos y sobrinos, a los que adora. Se emociona al hablar de ellos *“porque son para mi los hijos que no tuve. Siempre les aconsejo que sean responsables, respetuosos y, que si tienen algún problema, antes que acudir a otra persona, se lo cuenten a su madre”*, relata.

Cuando los mira, Agustina se siente orgullosa de los valores que sus padres les enseñaron y recuerda con ternura a los que ya no están, como *“mis padres, abuelos, algunos de mis hermanos...y a Teodosio, imposible de olvidar por mucho tiempo que pase. Siempre será el amor de mi vida”.*

Amelia Delgado Borrega

89 años
Trujillo (Cáceres)

“ *Amelia vive consigo misma, pero siempre con los demás. Cuidadora de su entorno, en sentido amplio. Espíritu femenino de la transición, referente de empoderamiento y de la pasión por iniciar nuevos proyectos.* ”



Amelia Delgado Borrega nació en Trujillo el treinta de noviembre de 1933. Toda su familia era extremeña. Sus padres se llamaban Amelia y Manuel.

La suya era una familia de clase media. Su padre era empresario, tenía una tienda de tejidos. Su madre, ama de casa. Juntos tuvieron cuatro hijos: dos hijos y dos hijas. Amelia era la más pequeña de todos. *“Tenía siete años menos que mi hermano menor”*. Todos sus hermanos ya han fallecido.

En 1940, Manuel, el padre de Amelia, viajó a Barcelona para comprar artículos para su tienda. *“No era tarea fácil en la posguerra encontrar mercancía”*. Pero durante su estancia en Barcelona, enfermó de neumonía y falleció.

Así las cosas, la madre de Amelia se vio obligada a viajar hasta allí para recoger el cuerpo de su marido. Amelia evoca que fue para ella especialmente doloroso, *“porque en aquella época era obligatorio oficiar un entierro por cada pueblo por el que se pasaba”*.

Ésta no sería la única dureza con la que tuvo que lidiar la madre de Amelia, ya que quedó viuda, sólo con cuatro hijos; el mayor con diecinueve años y Amelia con siete. No fueron años fáciles para ella.



A Amelia le gustaba mucho aprender. Primero estudió en el colegio de las Carmelitas de Trujillo y, más tarde, pasó al colegio “Sagrado Corazón” para cursar bachillerato, aunque fue necesario examinarse en Salamanca para obtener el correspondiente título. Mas tarde, inició estudios de perito mercantil, pero no los terminó porque conoció a Vicente, un chico mayor que ella. Se enamoraron y a los veinte años se casó con él.

Vicente tenía una tienda de muebles y Amelia dedicó los primeros doce años de su matrimonio a cuidar de sus nueve hijos, siete varones y dos mujeres: Amelia, Antonio, Jesús, Luis, Francisco, Gabriela, Álvaro, Vicente, y Javier. Fueron años de una gran carga de trabajo porque las criaturas no sumaban más de dos años de diferencia de edad entre una y otra.

Pasada aquella etapa centrada especialmente en la crianza, Amelia dio un paso importante: se hizo empresaria. Corría el año 1970 cuando abrió una tienda de regalos y de cerámica que terminó por ser un negocio de antigüedades.

Por aquellos años la situación política comenzaba a cambiar en España y, especialmente el grupo de amigos de Amelia y de su marido, que conocía bien sus capacidades, la animaron a presentarse como concejala

en Trujillo. “Por aquel entonces, como era la Transición, no había ni partidos”, relata Amelia que, finalmente dio el paso y obtuvo un buen resultado, convirtiéndose así en la primera mujer concejala de Trujillo.

Se ocupó, en primer lugar, de la Concejalía de Familia y, más tarde, llegó a ser Teniente-Alcalde.



Se ocupó, en primer lugar, de la Concejalía de Familia y, más tarde, llegó a ser Teniente-Alcalde. Recuerda aquellos años con cariño, aunque evidencia las diferencias con la política que se ejerce en este momento y señala que *“entonces era muy diferente, no cobrábamos nada por estar en el Ayuntamiento; lo hacíamos por la gente”*.

Amelia también se encargó de todo lo referente a la Sección Femenina. Recordemos que *“en aquellos años todavía se hacía el Servicio Social”*, y siempre estuvo vinculada a la Cruz Roja.

Terminadas dos legislaturas, Amelia se retiró de la política. Pero, dadas sus inquietudes sociales, creó junto a un grupo de amigas, la Asociación de Amas de Casa de Trujillo. Posteriormente ocupó durante cinco años el cargo de archivera de la parroquia *“San Martín de Tours”*, también en Trujillo y el de ayudante del despacho parroquial.

Cuando la edad de Amelia estaba cercana a la de su jubilación, su marido enfermó, hasta tal punto que pasó a vivir con un alto grado de dependencia. Una situación delicada que hizo que Amelia quedara un poco más retirada de la vida social hasta su fallecimiento.

En 2005 Amelia fue elegida vocal en la junta de gobierno del centro de mayores de Trujillo y, en 2007, pasó a ser presidenta, un cargo que ha ostentado hasta el año 2022. Desde esa fecha y hasta la actualidad, es vocal de esa junta de gobierno, a la que se siente muy vinculada.

Amelia conserva la ilusión por vivir y se muestra convencida de que cualquier edad es buena para disfrutar de lo que la vida nos ofrece...



Participa en numerosas actividades en el centro. Ha sido coordinadora durante varios años del club de lectura, una de sus pasiones, unida a la de la escritura, porque también escribe cuentos. Además le gustan mucho las nuevas tecnologías; tanto que confirma que, a su edad, sigue siendo una persona abierta a nuevos retos y desafíos.

Amelia tiene en la actualidad dieciseis nietos, cinco bisnietos y muchos amigos. Conserva la ilusión por vivir y se muestra convencida de que cualquier edad es buena para disfrutar de lo que la vida nos ofrece, aunque recomienda dejar a un lado “los egos”.

Piensa en la gente joven de nuestra sociedad y reflexiona resignada: *“no se les puede dar ningún consejo, porque va todo tan deprisa, que lo quieren todo y lo tienen todo de manera inmediata”*. Suspira al recomendarles que *“sean íntegros, buenas personas; que se involucren en trabajos para la sociedad en vez de mirar sólo para sí mismos”*. Es especialmente crítica con la cultura del ego y del cuerpo. E insiste: *“hay que vivir con uno, pero también con los demás”*.



Amparo Cascón Cascón

93 años
Mérida (Badajoz)

“ *Amparo confirma que nunca es tarde, que hay oportunidades que dar, pero que también hay que darse a una misma.*

En Amparo es amor la familia, la de sangre y la del alma acuerpada. Sin diferencia. Sabe bien que la cultura nos salva, que la escucha ayuda a extraer lo mejor de cada persona, que el compromiso humaniza.

Y que sonreír es gratis.



Amparo Cascón Cascón nació en Mérida el dos de octubre de 1930. Fue la primera hija del hogar formado por Pepita y Antonio, al que más tarde llegarían dos hermanos, Antonio y Carlos. La librería-papelería que regentaban sus padres fue el telón de fondo de su infancia.

En su juventud, Amparo estudió perito mercantil en Sevilla, pero no llegó a ejercerlo nunca, pues con veinte años se casó con quien compartiría toda su vida, Cristóbal León González. De entrada, su padre intentó retrasar un poco la boda porque quería que ella ayudase en el negocio familiar, pero como Cristóbal era ocho años mayor que ella, “*tenía prisa por casarse*”. Y como trabajaba en otro lugar, “*no fue posible seguir con la papelería*”.

Amparo estudió perito mercantil en Sevilla, pero no llegó a ejercerlo nunca, pues con veinte años se casó.

Cristóbal era oriundo de Montijo, pero vivió su infancia y juventud en la localidad vecina de Torremayor, donde sus padres tenían una finca que él gestionaba. Así, al iniciar su proyecto de vida juntos, comenzaron a vivir en el campo. En aquel entonces, recuerda Amparo, no



había luz en Torremayor, “y teníamos que ir a Montijo a comprar carburo”.

Cristóbal era el gran apoyo de Amparo para todo, pero su trabajo en la finca agrícola no le dejaba mucho tiempo libre y Amparo se entregó de lleno a ejercer de madre de familia.

Tras nacer su segundo hijo, sus suegros les regalaron un solar en el piso bajo de una casa en Mérida y fue ahí donde construyeron la vivienda en la que Amparo reside desde entonces y que ha sido su hogar.



Cristóbal y Amparo tuvieron ocho hijos. En su etapa escolar los pequeños pasaron por diferentes centros educativos, entre otros, el Instituto “Santa Eulalia”. Fue allí donde, en los años sesenta, a Amparo le propusieron ser la presidenta de lo que hoy sería el A.M.P.A. y que en aquel entonces se llamaba A.P.A. (Asociación de Padres de Alumnos).

Desde ese momento, siempre en equipo con otros padres y profesores, Amparo luchó por fomentar la implicación de las familias en la educación de sus hijos e hijas y en fomentar su interés por la vida y la mejora del centro. Lo hacía convencida del gran valor que tiene la educación en una sociedad.

Hoy observa con humildad, pero también con alegría y cierto orgullo, como su empeño y su apuesta por la educación y los valores dio resultado, hasta el punto que han terminado por ser una familia, “atípica”, señala ella. Diversa, pero, sobre todo, unida.

Con el paso del tiempo, mientras algunos de los miembros de su hogar aún eran pequeños, otros de sus hijos comenzaban a tener la edad de iniciar sus estudios universitarios, algo que incrementaba los gastos de la extensa familia. No obstante, para Amparo era una prioridad dar la oportunidad a todos sus hijos de cursar

estudios superiores si así lo deseaban; incluso de darse la oportunidad a sí misma: llena de coraje e inquietudes, también ella decidió prepararse profesionalmente, pues *“necesitaba trabajar para poder financiar los estudios de tantos hijos”*. Para ello realizó cursos intensivos en Madrid y en Mérida, desarrollando las prácticas en el Hospital Municipal con el Dr. D. Álvaro Valverde junto con numerosas compañeras. De su mano cursó dos años de anatomía y prácticas. Con cincuenta años se enfrentó a unas oposiciones

Amparo luchó por fomentar la implicación de las familias en la educación de sus hijos e hijas



y, tras aprobarlas, comenzó, hasta su jubilación, a desempeñar su labor como auxiliar de enfermería en el área de pediatría del Hospital de Mérida, que entonces era conocido como *“la residencia”*. Amparo confirma que descubrió su vocación tarde, pero que la disfrutó muchísimo.

En 1998 llegó el momento de su jubilación. A partir de entonces Amparo se dispuso a disfrutar plenamente de la nueva etapa, pues disponía de más tiempo y de la tranquilidad de saber que todos sus hijos ya eran independientes, tenían sus proyectos de vida, se iban casando e, incluso, llegaban los nietos.

Así pues, se dispuso a viajar con su marido y a brindar su tiempo como voluntaria, en concreto, como guía voluntaria en el Museo Nacional de Arte Romano. Una tarea que desempeñó hasta los ochenta y ocho años y que describe como algo *“precioso, gratificante, donde recibí y dió mucho”*.

En 2007 falleció su marido; una pérdida que supuso un duro trance para Amparo, que pasó de *“convivir en una casa llena, a sentirse sola”*. El apoyo de su familia y, de nuevo, el voluntariado, la animaron a interesarse por algunas actividades que le aportaban vitalidad.



Una de ellas fue el Teléfono de la Esperanza, donde se formó y colaboró como voluntaria. También siguió activa en el Museo Nacional de Arte Romano y, además, se matriculó en la Universidad de los Mayores donde realizó el ciclo completo de cinco cursos académicos.

Por otro lado, Amparo se inscribió en varias actividades en el Centro de Mayores “Reyes Huertas” y en el Club de lectura de la Biblioteca Municipal “Juan Pablo Forner”. Es una mujer que realmente adora la lectura desde niña. Aún recuerda cuando en una rifa que hicieron en el instituto, a ella le tocó un ejemplar de “Los cuentos de la Alhambra”, de Washington Irving. “Desde aquel instante, mi amor por la lectura no ha hecho más que crecer”.

Es una mujer que realmente adora la lectura desde niña. Aún recuerda cuando en una rifa le tocó un ejemplar de “Los cuentos de la Alhambra”.

Tanto es así, que en este su centro de mayores, le propusieron dirigir el taller de lectura como monitora voluntaria. Se implicó con ello de tal modo que terminó por coordinar el grupo de lectura durante 8 años, una tarea a la que ha seguido vinculada hasta el año pasado.

“Mis hijas me dicen que la cabeza me da, pero que el cuerpo no me acompaña”, relata con humor.

Amparo es un ejemplo de tolerancia, de escucha, de entrega y de compromiso.

Quienes la conocen, saben bien que Amparo conserva intacto el don de extraer de cada persona lo mejor que tiene, de valorar opiniones, peculiaridades, diferencias

y de facilitar siempre el diálogo y la comprensión de las distintas historias de vida del grupo en el que ella se encuentre. Un ejemplo de tolerancia, de escucha, de entrega y de compromiso por el que le rindieron un homenaje en el Centro de Mayores “Reyes Huertas” recientemente.

De valores familiares profundos, pero modesta, se siente orgullosa de tener una hija Licenciada en Educación Física y Enfermería, un catedrático de psicología, dos enfermeros, dos trabajadoras sociales,





una profesora de inglés y una doctora de historia del arte. Una satisfacción que rebosa al saberse abuela de trece nietos (siete biológicos y seis adoptados, procedentes de Colombia, China y Rusia).

Amparo refiere como todo un privilegio haber acompañado a China y a Rusia a sus hijas para formalizar sus adopciones y hacer crecer así su *“pequeña O.N.U. familiar”*, una auténtica fuente de cariño. Piensa en ellos al ser preguntada por los consejos que le gustaría lanzar al viento para que lo recojan las generaciones más jóvenes. No titubea al expresarlos: en primer lugar *“gratitud y, en segundo, sonreír, que, como siempre ponía en los carteles de mi casa, es gratis”*.

Ana Hernández Fernández

87 años
Almendralejo (Badajoz)

“ *Sobrevivir, su primera experiencia de vida. Itinerar, el regalo del destino. Se equivocó quien la creyó “no capaz”, y quien no supo ver en un megáfono el valor de su voz. Acertó la vida, que llenó su maleta de tesón y alegría.*



Ana Hernández Fernández Godoy González llegaba al mundo mientras las bombas caían sobre la Torre de Almendralejo. Fue el cuatro de agosto de 1936. Eran días de guerra. Y su primera experiencia de vida fue sobrevivir: para protegerla, una vecina se la llevó a su casa, de muros más resistentes a los impactos de las bombas, y la metió debajo de una cama.

La descendiente del Príncipe de la Paz, Manuel Godoy, político español de la época de Carlos IV, era hija de Ricardo y María de los Ángeles. En su hogar, fue la mayor de cuatro hermanos, de nombres Ana, Miguel, María de los Ángeles y Ricardo.

Ana relata como su abuelo paterno fue desde Fuentes de Béjar hasta Almendralejo para trabajar en una fábrica de harina y narra como su padre hizo *“el bachiller encima de un burro, mientras repartía pan”*. Más adelante abrió un despacho de procuradores en la misma población, algo que sucedió tras casarse con María de los Ángeles, su madre. También estudió la carrera de derecho, aunque nunca ejerció como abogado.

Por su parte, su madre, María de los Ángeles, fue hija de un hombre del campo, una mujer con inquietudes y con las ideas claras. *“Se quedó sin madre a los catorce años por lo que tuvo que asumir la tarea de encargarse de sus*



hermanos y preparar todos los días la comida para la familia entera". Se casó con Ricardo a los veinte años, y confirmando sus convicciones, insistió en que, tanto Ana como su hermana, tuvieran las mismas oportunidades que sus hermanos varones.

Ana cursó estudios en varios colegios de la zona, hasta 6º de bachiller. De pequeña fue al colegio "Santo Ángel" de Almendralejo. *"La superiora de este colegio le dijo a mi padre que no valía para estudiar, por lo que me llevó al Colegio de San Antonio para que hiciera el bachiller".*

A partir de los quince años no tuvo ningún profesor, sólo el apoyo de un sacerdote, Jesús Núñez Mancera, que, durante las vacaciones, daba clases particulares a niños y niñas del pueblo. De esta manera, Ana fue integrando conocimientos.

Para el padre de Ana lo más importante era la ortografía. *"No hay nada más horroroso que leer algo con faltas de ortografía",* evoca Ana. *"Y así nos pasábamos los veranos, copiando textos, mientras los demás se iban a la playa y a la piscina".*

*"Y así nos pasábamos los veranos,
copiando textos, mientras los demás
se iban a la playa y a la piscina"*

Finalizado el bachiller, el padre de Ana le comunicó que debía ir a su casa, con su madre para a ayudarla en las labores del hogar, pero su madre, una mujer adelantada a su tiempo, le dijo a su marido: *"No Ricardo. Ana va a estudiar igual que sus hermanos"*. Y así lo hizo.

Desde el punto de vista de su padre, refiere Ana, las mujeres sólo podían estudiar enfermería y magisterio, así que, aunque ella quería ser juez, no la dejó estudiar derecho, *"le dio preferencia a los varones"*, comenta resignada. La única opción que le dio fue estudiar magisterio sin salir de casa. Así pues, *"me agarré a lo que había y me puse a ello"*. No obstante, mientras cursaba sus estudios, su padre pensó que, si le pasaba algo, vendría bien que alguien se encargara del despacho que tenía en Almendralejo. Hecha esta reflexión, Ana comenzó también los estudios correspondientes para ser procuradora, y al cabo de un tiempo, terminó siendo maestra y procuradora de los Tribunales.

Las amigas de su madre solían comentarle: *"¡qué suerte que tu hija tiene ya una carrera y un trabajo!"*. A lo que su madre solía responder: *"ella se lo ha trabajado, que ha estado estudiando mientras las hijas de los demás estaban tomando café en terrazas del pueblo"*.

Un hogar y varios destinos

Antes de conocer a su marido, Ana tuvo varios novios: un quesero, al que dejó porque olía mucho a queso, y un chico de una familia de “bien”, pero cuya madre no consintió que fuera novio de Ana, “que era de una familia normal”.

Con veinte años conoció a Antonio, que más tarde sería su marido. Fue en la feria de Cáceres, “donde acudió para examinarse en la Normal, que era donde entonces se examinaban los maestros de la época”.

Antonio, que tenía veintidós años, estaba estudiando ingeniería de montes. Al conocer a Ana cambió a perito de montes, con la intención de poder ingresar enseguida y hacer la carrera.

El treinta de mayo del año 1956, Antonio y Ana, comenzaron oficialmente su noviazgo, muy difícil en aquellos tiempos. “Con la ayuda de su fe”, refiere Ana, “nos mantuvimos hasta que nos casamos el veintiséis de mayo del 1965, en la Iglesia San Juan Bautista de Barbalos, en Salamanca”. Ana le había insistido mucho en que, “antes de casarse debían tener una carrera para estar seguros de conseguir buenos empleos”.

Ya casados, Antonio trabajaba en Cáceres, en ICONA, y ella en Aceuchal, como maestra. Para poder estar juntos, Antonio le propuso a su jefe un traslado a Las Hurdes, un lugar donde comenzar un matrimonio. Era un lugar duro, pero podrían estar juntos. Se lo concedieron, y allí se fueron con Manuel Ángel, su primer hijo que apenas tenía un mes de vida. Antonio, a trabajar en la casa forestal, y, Ana como maestra en Pinofranqueado.

En La Hurdes estuvieron unos siete años. De aquella experiencia docente Ana destaca que “fue muy enriquecedora” ya que tuvo la oportunidad de ayudar a una población que sufría importantes niveles de analfabetismo y a personas que no sabían cómo administrar su dinero y sus recursos.

Todos los días acudía a su “colegio”, que en realidad era un aula pequeña situada sobre una cuadra del barrio de Cantarrana. Aunque en su clase no tenía más de unos treinta alumnos y alumnas matriculados, Ana veía como acudían muchos más. Eran niños y niñas de todas las familias de la zona. “Sus padres se iban a trabajar a los huertos y no los podían dejar solos”, señala Ana. De tal modo, la maestra se encontraba con una clase de hasta sesenta pupilos de entre tres y siete años. Muchos tenían que sentarse en el suelo. No había sitio para todos.



Ana recuerda como en aquel lugar, cuando los pequeños enfermaban, *“los veía el veterinario de la zona. Y cuando se ponían un poco graves, se iban con el helicóptero del ICONA a Plasencia”*.

Puestos a recordar, Ana evoca como cierto día se levantó y observó que en su cuerpo le habían salido multitud de ronchas que no sabía de dónde provenían. Acudió al médico del pueblo, que también era el alcalde. Cuando le vio las ronchas, rompió a reír y le dijo: *“Son sólo picaduras de pulgas, doña Ana”*. Y Ana, muy seria, le dijo que hasta que no desinfectara la cuadra y el aula, no volvería a dar clases.

Pasó el tiempo y Ana tuvo que recurrir a su marido para hacer ese trabajo, ya que el alcalde no cedía. Así pues, con un fumigador del ICONA, el marido de Ana desinfectó la cuadra y la clase y todo volvió a la normalidad. Eso sí, *“antes de comenzar le exigí al alcalde un enorme brasero para calentar a los niños durante los fríos días de invierno”*.

Y Doña Ana consiguió el brasero.

Ana y Antonio terminaron su etapa en Las Hurdes con dos hijos más: Ana y Antonio, al que apodaban Toñete. Los cinco iniciaron una nueva y breve fase de sus vidas en Cáceres, donde Ana ejerció como maestra de Aldea Moret.

En La Hurdes estuvieron unos siete años. De aquella experiencia docente Ana destaca que “fue muy enriquecedora”.

“La mejor época de mi vida”

Poco después trasladaron a Antonio a la ciudad de León. Ana refiere que fue la mejor época de su vida. *“Aunque la gente hablaba poco, me quedé enamorada de la ciudad”*. Recuerda con cariño como, acostumbrada a las altas temperaturas de su pueblo, se reía con sus amigas cuando al alcanzar los treinta grados, éstas le decían que hacía mucho calor.

En León su escuela estaba en la carretera de Asturias. Acudía cada día hasta allí en autobús. Fue corto el tiempo que pudo hacer dicho recorrido porque, pasado un año, le propusieron a su marido ir a trabajar Cádiz de manera permanente. Así pues, la familia hizo las

maletas dispuestos a cambiar una vez más de destino. En esta ocasión, León por Cádiz.

Jubilada por no tener un megáfono

La llegada a Cádiz, en 1974, fue muy dura para Ana. Ejerció la docencia en un barrio marginal, con altos niveles de delincuencia, consumo y venta de drogas.

Impartía sus clases en escuelas prefabricadas, donde hacía un calor terrible (en contraposición al frío de Las Hurdes y León). Además, no era fácil comprenderse desde el inicio.



Ana explica como una mañana, observó horrorizada como un niño de su clase, con apenas ocho años, sacaba billetes de mil pesetas de sus bolsillos. Ella le preguntó de dónde los había sacado y el niño le respondió que su padre se lo había dado por llevar un paquete a una casa. Cuando lo contó a sus compañeros, estos se reían y le decían que *“eso era lo normal, que era el dinero que les daban por repartir la droga por las casas”*. En otra ocasión, durante una clase, le robaron el bolso desde la ventana del aula. Apareció en la vía del tren. No quedaba dentro ni una sola peseta.

Tras dos años en este barrio, Ana pasó a una escuela más céntrica, donde daba clases a cuarenta y cinco niños de 5º curso. Allí, su garganta comenzó a resentirse hasta tal punto que pidió que le compraran un megáfono. Necesitaba que su voz llegara a todos los niños.

El Ayuntamiento le contestó que no había dinero para eso, por lo que el médico le comunicó a Ana que la jubilaría *“ya que no podía seguir en ese estado”*. Ella, a quien todavía hoy se le resiente la voz si habla mucho, ironiza entre risas: *“me jubilaron con cincuenta y siete años por no comprarme un megáfono”*.

De regreso a casa

Ana volvió a su tierra, Almendralejo, con ochenta y tres años. Allí se alquiló un piso. Tras varias caídas y la intranquilidad de su hija Ana, el veintitrés de junio de 2022, Ana se fue a vivir, por decisión propia, a la Residencia COMSER.

Ana narra que su hijo Manuel Ángel vive en San Fernando, aunque se mueve por todo el mundo al ser Teniente Coronel de Infantería de Marina. Su hijo pequeño, Antonio, vive en Baleares y su hija Ana, en Almendralejo. Tiene seis nietos, dos de cada hijo. Tres niños y tres niñas: Ricardo, Ana, Cristina, Alejandro, Patricia y Pablo. Además, Ana tiene dos biznietos. Eden, con cuatro años, nieto de su hija Ana, y Enzo, con apenas siete meses de vida. A Ana se le llena el corazón de alegría cada vez que acuden a la residencia a visitarla.

Tiene claro el mensaje que desea dejarles como legado: *“Trabajar, trabajar, trabajar, no hay que rendirse, hay que luchar por lo que uno sueña”*.

Ahora la Residencia COMSER es su nuevo hogar. Un lugar donde Ana se ha convertido en toda una institución y donde, en constante preocupación por las personas de su entorno, contagia inagotable alegría y entusiasmo.

Eugenia Morales Antón

79 años

Navalmoral de la Mata (Cáceres)

“ *Hija de Serradilla,
historia de los pueblos de colonización.
La familia, el refugio.
La lucha por la vida de su hijo, el centro
de su vida.
Un compañero de viaje, el tesón.
Ante la ausencia, un tipo de satisfacción:
el amor.*



El cuatro de julio de 1944 nació, en Serradilla, Eugenia Morales Antón. Su padre se llamaba Feliciano y su madre Cándida. La suya fue una infancia tranquila en el pueblo de la que evoca cómo aprendió a bailar la jota sólo observando, sin que nadie la enseñara. *“Mi padre tocaba y yo miraba y aprendía”*.

Hasta los trece años acudió al colegio en Serradilla, pero su formación académica se detuvo cuando, a los dieciséis, su familia, junto a otras muchas (al menos treinta y seis más de Serradilla) decidieron trasladarse a un pueblo de colonización, en concreto a Tiétar. *“Allí hice mi vida”*, señala Eugenia. Evoca cómo le encantaba divertirse en el baile: *“me moceaba con mis amigas, salíamos y nos divertíamos mucho”*.

Evoca cómo le encantaba divertirse en el baile: “me moceaba con mis amigas, salíamos y nos divertíamos mucho”.

También allí, en Tiétar fue donde Eugenia conoció a Félix, que *“era hijo de un guarda del canal que daba las aguas a las tierras de cada persona para regar”*. Fueron novios unos años, y cuando Eugenia tenía veinticinco años y él veinticuatro, se casaron. Juntos tuvieron dos hijos. Primero nació Francisco Javier y luego, José Carlos.



A los dos les enseñó a bailar la jota evocando cómo su padre la tocaba en sus días de infancia. “A los dos”. Y su voz vital se empapa de tristeza. Es entonces cuando se hace necesario el relato de una experiencia, la de la maternidad, que dio un vuelco radical a la vida de Eugenia, en concreto con el nacimiento de su primer hijo, Francisco Javier. Con su llegada, su vida y de la de su marido se transformaron en una continua lucha por la salud de su hijo. Corría el año 1972.

Una experiencia, la de la maternidad, que dio un vuelco radical a la vida de Eugenia.

A los tres días de su nacimiento, en Navalmoral, Eugenia observó como su hijo no movía el brazo derecho, que le colgaba. Se lo dijo a su madre, a las enfermeras y hasta al médico. Primero le dijeron que “habría sido un estirón al nacer”, más tarde, “una parálisis branquial”.

Ella, “por más que fuera joven, era madre”, sabía que algo que no iba bien. Y no se equivocaba. En los nueve primeros años de su vida, el pequeño tuvo que ser intervenido hasta en cinco ocasiones.



Hasta los catorce años Javi, que es como todas las personas llamaban en su localidad al niño, era considerado un *“chaval normal”*. Hacía una vida normalizada en cuanto a sus estudios y amistades. Pero Eugenia empezó a observar como su hijo tenía muchas caídas *“sin sentido”* y, además, muy frecuentes.

Llevaron al pequeño al traumatólogo. El doctor dio una contestación a Eugenia que no olvidará en toda su vida: *“Si se cae mucho, pues que se levante”*.

A partir de la desagradable experiencia, Eugenia logró que le derivaran a otros especialistas y, tras tres años de un rosario de pruebas médicas, terminaron por diagnosticarle una enfermedad degenerativa llamada *Ataxia de Friedrich*.

El diagnóstico fue *“un palo muy grande para la familia”* ya que no es una dolencia con cura, ni siquiera con tratamientos específicos. Daña al sistema nervioso, afecta a la médula espinal y a los nervios que controlan los movimientos de los músculos. Aún siendo la más común de todos los tipos de ataxias, es considerada una



enfermedad rara, que suele llevar a sus pacientes a una silla de ruedas y a no superar los 34-45 años de vida.

Desde que conocieron el diagnóstico, comenzó la lucha de Eugenia y de su familia contra la ataxia que padecía su hijo.

Ella conocía bien el final, pero no aceptaba rendirse, y mucho menos con las ganas de vivir que mostraba su hijo Javi. Con el esfuerzo de toda la familia, hizo todo lo que pudo por aumentar su calidad de vida y por intentar alargarla todo lo que fuera posible. *“He pasado noches enteras abanicándole, porque no podía respirar”.*

Durante varios años, Eugenia acudió a todo tipo de especialistas y hasta curanderos. Tocó todas las puertas en las que se vislumbrara algo de esperanza.

Las visitas médicas les llevaron hasta Pamplona, Málaga, Zamora, Madrid, Bilbao, incluso a Francia, para visitar a un especialista que le recomendaron. Probaron también la idea de pasar algunas estancias fuera de casa, para analizar cómo le afectaba el clima a su hijo e incluso tratamientos naturales. Nada parecía dar el resultado esperado.

Las cosas empeoraron cuando, en su adolescencia, la enfermedad de Francisco Javier comenzó a atacar al músculo más importante, su corazón. A partir de ese momento, llegaron años de enorme vaivén de ingresos hospitalarios, con estancias muy largas en ellos y de muchas angustias.

Ella conocía bien el final, pero no aceptaba rendirse, y mucho menos con las ganas de vivir que mostraba su hijo Javi.

Después de un ingreso bastante largo en el Hospital de Plasencia, lo derivaron al Hospital *“Puerta de Hierro”* de Madrid, donde Eugenia relata como *“estuvo especialmente bien atendido, con muchas pruebas y seguimiento”.*

Pasaron unos años en los que parecía que Francisco Javier se había estabilizado, pero ya en 1999, tras varios meses de ingresos prolongados, sufrió una parada cardiorrespiratoria.

Sucedió delante de Eugenia, justo cuando ella le estaba dando la cena. Una situación tan extrema llevó a su hijo a otra situación límite: necesitaba un trasplante de corazón en los próximos tres días para poder seguir viviendo.

Y su donante llegó.

Un joven de sólo diecinueve años al que “*un balonazo en la cabeza había destrozado y paralizado todo su cerebro*”. Eugenia no puede evitar emocionarse al evocar lo dramático de la escena en la que “*la madre de ese pobre niño sufría su pérdida, y yo, en el mismo pasillo, esperaba no tener que perder a mi hijo. Cuánto dolor en el mismo lugar*”.

La familia de aquel joven donó su corazón y, gracias a él, la vida de Francisco Javier pudo seguir latiendo.

Al cabo de un tiempo, Francisco Javier salió del hospital

con un corazón nuevo en pleno funcionamiento, más estabilizado y con capacidad para hacer su vida con mediana normalidad.

Pasados algunos años volvieron las complicaciones clínicas. En todos sus ingresos Eugenia siempre estuvo a su lado, cuidándolo, atendiéndolo y dándole amor.

También estuvo “*a su vera*”, una expresión que refleja más que cercanía; el día en que, con treinta y seis años, falleció. Fue el veinticuatro de octubre de 2008. En una especie de agotamiento crónico, Eugenia



contemplaba atónita como tras tanta lucha por seguir manteniendo con vida a su hijo, tocaba verle marchar. A ella le hubiera gustado seguir luchando por su vida, morir antes que él, pero, esa “*ley de vida*” no siempre se cumple.

De algún modo, relata, ella lo sigue sintiendo cerca. Está muy presente en su vida, en la de toda su familia. Por supuesto también en la de su otro hijo, José Carlos y sus nietos, Carla y Darío, a los que adora. “*Son preciosos*”, dice mientras se le ilumina la voz.

Sabe que tras una vida volcada en su hijo mayor sin descanso, toca disfrutar de los regalos que la vida ofrece

Eugenia asume que, sin Francisco Javier, ella y su marido están viviendo una nueva etapa de sus vidas y que es importante abrirse a ella. Sabe que tras una vida volcada en su hijo mayor sin descanso, toca disfrutar de los regalos que la vida ofrece con la conciencia muy tranquila “*porque lo hicimos todo, todo lo que estuvo en nuestra mano*” para mantener a Francisco Javier con vida. Y eso, a pesar del dolor de la ausencia, es un tipo de satisfacción no menor.



Felisa Pérez Fonseca

82 años
Calzadilla de los Barros (Badajoz)

“ *Pionera del adiós liberador.
Actriz principal de la obra de su vida.
Libre, optimista y querida,
ahora sí, rodeada de buen amor.*





Felisa Pérez Fonseca nació el once de febrero de 1941 en Fuente de Cantos. Su padre, de nombre José Pérez, era contable en esa localidad, en una fábrica de harinas y su madre, Natividad Fonseca, ama de casa en su hogar. Felisa tuvo una infancia y una juventud feliz junto a sus seis hermanos.

Tenía veintitrés años cuando conoció a quien sería su futuro marido. Fue en el “*jubileo*”, o, lo que es lo mismo, la feria de su pueblo. Se trataba de un joven “*maravilloso, atento, romántico...*” Felisa lo describe como una persona muy detallista: “*nunca le faltaba un regalo o un detalle*”. Sin embargo, la situación cambió al poco tiempo de casarse. Ella tenía veinticinco años.

Se trasladaron a vivir a Calzadilla de los Barros. Él tenía un rebaño de ovejas. Algún tiempo después lo vendió para comprar cabras, algo a lo que dedicó toda su vida profesional.

A los catorce meses de haberse casado nació su primera hija, María Encarnita. Fue la primera de otros diez hijos más: Felisa, Carmen, Paca, Casimira, Gerardo, Carlos, Antonia, Josefa y José Antonio, el más pequeño, a quien dio el nombre del hijo que tuvo y que falleció con solo dos años.

Felisa refiere como ella cuidaba a sus hijos del mejor modo que podía, especialmente para compensar el trato de su marido, “*que no fue el mejor ni a mí, ni a mis hijos durante muchos años*”. Pero no sólo tomó esa actitud, también tomó decisiones vitales de gran importancia.

Cansada de la situación, en 1988 se fue a vivir a Madrid con tres de sus hijas y, desde allí, inició los trámites de divorcio. Felisa fue así, la primera mujer en divorciarse en Calzadilla de los Barros, algo que, en aquella época era algo excepcional. Durante esa etapa sirvió en casas sin descanso para salir adelante. No estaba en sus planes derrumbarse y no cayó.

Felisa fue así, la primera mujer en divorciarse en Calzadilla de los Barros, algo que, en aquella época era algo excepcional.

Terminados los trámites de divorcio Felisa regresó a su pueblo. Corría el año 1992. Al poco tiempo de regresar a su casa comenzó a trabajar en el servicio de ayuda a domicilio. Con su trabajo y tesón, logró sacar adelante a sus hijos, compartir largo tiempo de convivencia con ellos y ser plenamente feliz.





En la actualidad, Felisa tiene dieciocho nietos a los que adora, algunos ya muy mayores. Preguntada por los consejos que da a la juventud, alude a la importancia de ser respetuosos, formales, estudiosos, “*porque la educación es el primero*”.

Con gran vitalidad, Felisa sigue estando muy activa en su día a día: escribe poesía y es socia de la Asociación de Mujeres Progresistas “*Ágora*”.

Con su trabajo y tesón, logró sacar adelante a sus hijos, compartir largo tiempo de convivencia con ellos y ser plenamente feliz.

Vive absolutamente integrada en su pueblo, convencida de la importancia de la igualdad entre hombres y mujeres y de la necesidad del activismo a tiempo completo contra la violencia machista. De hecho, en “*Ágora*” participa activamente de las actividades que se desarrollan y es la actriz principal en todas las obras de teatro que se ponen en pie.

Libre, optimista y querida por sus familiares y vecinos, Felisa se siente llena.



Felisa Pérez Hisado

86 años

Cabeza del Buey (Badajoz)

“ *Felisa florece entre los destrozos de la guerra y los sonos de un violín. Sabe escuchar música en quien tricota, burlar lo normativo, y renacer.*

Otra vez.



Felisa Pérez Hisado nació el once de agosto de 1937 en Cabeza del Buey, la localidad pacense en la que su padre trabajaba como ferroviario.

Una niña de la guerra

Su madre se llamaba Trinidad Hisado y tocaba el violín. De hecho, estudio solfeo y daba clases de música a las chicas que estudiaban magisterio.

Sus abuelos maternos eran labradores y procedían de Aldea del Cano. Allí tenían un comercio y, además, un salón de baile en la parte de arriba de su casa, en la plaza del pueblo. Lo amenizaban sus dos tíos y su madre. Ellos con el saxofón y el acordeón; ella, con el violín. Sus primos aún conservan los instrumentos de sus tíos. Lastimosamente, Felisa no pudo conservar el violín de su madre. Destrozos de la guerra.

El salón de baile no fue el único destrozo ni el más importante, ya que, su padre, Tomás Pérez, que era republicano, tuvo que exiliarse a Francia. Felisa por entonces era un bebé recién nacido. Relata como le contaron que *“su madre la cogió en brazos para marcharse a Barcelona e intentar pasar la frontera para estar junto a su padre, pero no fue posible porque él*

murió al poco tiempo del exilio de neumonía y de pena”. Lo enterraron en Niza.

Los abuelos paternos de Felisa vivían en Cáceres. Su abuela, Felisa Marín Fábregas, era comadrona y recuerda como ayudaba a todo el mundo: *“visitaba casas y, en ocasiones, le pagaban con alimentos que luego ella repartía a la gente más pobre”*.

También relata Felisa que otro de sus tíos fue detenido y, tras pasar por la cárcel de Mérida, finalmente fue fusilado. Sucedió delante de su abuela que nunca llegó



a superar la muerte de sus dos hijos. Felisa la recuerda toda su vida con velo y manto negro.

El relato de vida de Felisa vuelve a conectar con los recuerdos de Trinidad, de su madre, una mujer luchadora que, sin sentirse vinculada a ninguna ideología, quedó marcada y fue marginada por haber sido la mujer de un hombre republicano. Aún así, salió adelante.

Trinidad, que ya era viuda a los veinticuatro años, se casó en segundas nupcias con Agustín Román. Con él

tuvo cinco hijos más. De Agustín, su padrastro, Felisa guarda muy buen recuerdo. Evoca: “*Tenía vacas suizas y yo iba con mis amigas a por leche*”.

Días felices y a tricotar

Felisa pasaba algunas temporadas con su abuela paterna en Cáceres. Fueron precisamente su abuela y su tía Brígida, que trabajaba en la Diputación, quienes prepararon la documentación necesaria para que ella se pudiera marchar a estudiar a Torremolinos (Málaga) al colegio de Huérfanos de Ferroviarios. Allí estuvo desde los trece hasta los quince años, momento en el que se trasladó al colegio de Huérfanos Ferroviarios de Palencia, donde permaneció hasta los veinte años.

Allí Felisa aprendió una labor que le encantaba: tricotar. Además, recalca que fueron unos años en los que disfrutó mucho de la vida. Guarda un recuerdo especial del colegio de Torremolinos, que se sufragaba con cuotas de los trabajadores ferroviarios.



También recuerda con afecto a las religiosas salesianas de Palencia y a las amigas del colegio.

Cuenta Felisa que no le gustaba mucho estudiar y que nunca se le dieron bien las matemáticas. Lo que realmente le apasionaba era hacer teatro y también la música, como a su madre.

En su momento, le prometió a su abuela Felisa, la comadrona, que sería enfermera como ella. Para ello, cuando estuvo viviendo en el colegio de Torremolinos, iba hasta Málaga en tren, para aprender la profesión en un hospital de posguerra. Pero al ver la crudeza de las heridas de los soldados, Felisa se dio cuenta que no tenía el valor suficiente para dedicarse a la rama sanitaria.

Cuando cumplió veinte años regresó a su pueblo natal. Allí empezó a buscarse la vida con una maquina de tricotar. Tenía unas primas en Barcelona que trabajaban en una fábrica de punto. Ella les realizaba trabajo en casa y se lo enviaba por correo a Barcelona y allí lo confeccionaban. Aún así, el dinero que ganaba no era suficiente porque eran muchas personas en casa, demasiadas bocas que alimentar. Además, aunque su madre tenía un comercio, “*fiaba mucho a la gente*” y le quedaban muchas deudas.



Felisa y el amor

Tras su regreso después de su etapa académica, Felisa conoció el amor. El suyo se llamaba Adolfo y era el hijo de la farmacéutica del pueblo. Ella le recuerda con cariño y con la ternura propia del primer amor. Aunque, si bien fue una relación intensa, también fue corta, ya que sus familias no se llevaban bien y aunque ellos se encontraban a escondidas, sus familias finalmente no permitieron que estuvieran juntos.

Tras su regreso después de su etapa académica, Felisa conoció el amor. El suyo se llamaba Adolfo y era el hijo de la farmacéutica del pueblo.

Así las cosas, Adolfo se marchó a Valencia a estudiar farmacia. Allí se casó y formó su familia. A este lado del mapa, ella también conoció al que sería su marido y padre de sus hijos. Se llamaba Damián y era minero.

Damián era diez años mayor que ella. Felisa refiere que “supo camelarla con su labia”. Recuerda el primer día que lo vio llegar a la romería de Santiago Bencaliz, de Casas de Don Antonio, montado en su descapotable. Trabajaba en una mina en el Trasquilón (Cáceres).

Estuvieron dos años de novios y cuando se casaron se fueron a vivir a Cañaverál.

Una boda diferente

Felisa recuerda que el día de su boda fue muy bonito y especial.

Rememora como en la plaza de su pueblo, la gente se esperaba que fuera vestida con un traje de cola larga, como las chicas que venían de servir de Madrid.



A ella le gustaba mucho la moda o, como ella le llamaba, “*el trapeo*”, y por eso lo tuvo claro: su atuendo sería distinto. Añade que “*nunca fui una mujer de seguir las normas estipuladas por la sociedad*”. Como siempre se consideró una mujer libre y con personalidad, decidió vestirse el día de su boda con un vestido corto, blanco, sin mangas, de piqué y con una chaqueta encima. Se la había diseñado una buena amiga que era modista para *El Corte Inglés*. Tampoco quiso llevar el tradicional ramo de flores. En su lugar llevó una cartera de mano y un tocado en el pelo.



Ninguno de los dos, ni ella ni Damián, quiso que fuera la típica boda de la época, con dulces, así que fueron a comprar embutidos y aperitivos “*acompañados de un buen ponche fresquito, ¡qué la boda fue en Agosto!*”.

En Cáceres, los dos trabajaron en las minas de Valdeflores. “Fueron años de mucho trabajo para a sacar a sus hijos adelante

No tuvieron luna de miel, pero ese mismo verano el matrimonio disfrutó de unas bonitas vacaciones en La Antilla (Huelva) con unos amigos.

Su propia familia

Algún tiempo después Felisa se quedó embarazada de su primer hijo, al que llamaron José Manuel.

Felisa relata como “*esos primeros años de casados en Cañaveral no fueron fáciles*”. Su marido trabajaba mucho y pasaba gran parte del día fuera de casa. Así que ella decidió regresar al pueblo. Posteriormente, los dos se fueron a vivir a Cáceres. Allí compraron un piso y nació su segunda hija, Argelina.

En Cáceres, los dos trabajaron en las minas de Valdeflores. *“Fueron años de mucho trabajo para sacar a sus hijos adelante y que tuvieran una buena vida”*.

El matrimonio viajó por todo el territorio español, pero Felisa relata que siempre tuvo una espina clavada: *“la del viaje que nunca pudo realizar a Niza para visitar la tumba de su padre”*.

Continuar con fortaleza

Felisa valora haber disfrutado de una buena vida. Y eso que tuvo que afrontar el dolor por la enfermedad y el fallecimiento de su marido.

Años más tarde, ella padeció su misma dolencia y, con la pierna izquierda amputada, llegó a la Residencia de Mayores *“Ciudad Jardín Parque del Príncipe”* de Cáceres para recuperarse.

En esta nueva fase, Felisa coge impulso para aprender a vivir una nueva etapa de su vida. Los primeros meses fueron complicados, pero cada día que pasa florece más la mujer fuerte y valiente que es, derrochando alegría y simpatía hacia quienes la rodean.



Isabel Corcobado Tena

92 años
Valdelacalzada (Badajoz)

“ *Colonizadora y conductora.
Pionera con falda y pantalón.
Taxista y madre.
Valiente y decidida.*

Isabel, de pura luz.





Isabel Corcobado Tena nació el veinticinco de noviembre de 1931. Era la mayor de cuatro hermanos. Con catorce años, y procedente de Hornachos, llegó con su familia a un pueblo de colonización, Valdelacalzada. Corría el año 1948. Una vez allí, tocó ponerse manos a la obra: *“desde el primer momento ayudé a mi padre en la parcela”*.

En los primeros años fue a dar clases de labores *“con la señora María, en el patio de la casa”* y participaba en todas las actividades que se hacían en el pueblo. También asistió entre los años 1949 y 1950 a las catequesis de los padres misioneros: *“todavía guardo las estampas”*, señala.

Isabel evoca a quien tiempo después sería su marido. *“Conocí a Carmelo, que trabajaba de tractorista en el cortijo de “La Vara”. Había llegado dos meses antes que yo desde Almendral. Nos conocimos en Aldea del Conde en una romería a la que nos llevaron los camiones de Colonización. Carmelo tocaba el saxofón y eso a mí me entusiasmó”*.

Carmelo y ella se casaron en 1955 y *“fuimos a vivir a casa de Rosario, la de Almendral, en la plaza del Mercado”*, explica; pues en aquella época era habitual irse a vivir a una habitación alquilada. *“No había ninguna posibilidad de tener casa propia”*.

Entre Rosario y ella se estableció una relación de amistad muy grande, tan especial, *“que Rosario era para mí, casi, como una madre, me ayudaba en todo”*. En esa casa nacieron sus hijos, Carmelín, Isabelita y María del Rosario. Más tarde llegaron Francisco, Ascensión y Petra, que nació con síndrome de Down y a quien, familiarmente, llaman *Chiqui*.



La primera mujer taxista

“Carmelo fue el primer taxista de la localidad. Al principio trabajaba para su tío Santos Venegas a medias y, poco después, decidió independizarse”, narra Isabel.

Cuando tuvieron dos coches, Isabel tomó la decisión de sacarse el carnet de conducir. Así pues, se preparó y, en 1965, obtuvo ambos, el de conducir y el de taxista, algo sorprendente en aquella época en la que la mayoría de taxistas eran hombres.

Isabel no salía con el taxi de noche, *“pero un día vino a buscarme una pareja gitana para que los llevara a Mérida. Yo observaba que la chica, que era muy joven, casi una niña, no dejaba de llorar. Sospeché que la llevaban a la fuerza. Así que, en un momento determinado, le dije al hombre que se bajara, que tenía que mirar algo que no funcionaba del coche y, cuando se bajó, aceleré el motor y regresé. Efectivamente, era un intento de secuestro, así que la familia de la joven que estaba desesperada en la plaza del pueblo agradeció mi gesto muy emocionada. Habían venido a recoger tomates en verano, algo muy usual en aquella época”*.

Son innumerables las experiencias que Isabel ha vivido en su taxi: *“Otro día me avisó desde Guadiana una familia*

que vivía en el campo y, como no era capaz de encontrar el lugar, el guarda del ‘Puro’ me permitió subirme a la azotea y desde allí pude averiguar donde vivían”.

Se preparó y, en 1965, obtuvo ambos, el de conducir y el de taxista, algo sorprendente en aquella época.

También recuerda como un señor, al que llevó a Badajoz, le preguntó si había pasado miedo con él. *“No quiso decirme su nombre, siempre me intrigó aquel hecho”.*

Isabel iba todos los días a Montijo, por la mañana y por la tarde, *“porque en Montijo era donde se realizaban las compras de ropa, zapatos, ajuares y donde se iba al dentista y a los médicos”.* Era lo cotidiano. A veces le ella hacía los recados a la gente que no podía desplazarse por algún motivo.

Algún tiempo después, Isabel se examinó del carnet especial para conducir autobuses. *“Me río al recordar que la primera vez suspendí porque llevaba faldas y por eso no podía maniobrar bien, así que la siguiente vez, me coloqué los pantalones de Carmelo y, ¡vamos que sí aprobé!”.*

Después de conseguir el carnet, Isabel estuvo durante quince días practicando en Badajoz. *“Yo no le tenía miedo a nada, creo que las mujeres podemos hacer las mismas cosas que los hombres, aunque en aquella época no era lo más habitual. Yo fui la primera taxista de Valdelacalzada y también de Extremadura”.*

Durante catorce años, Isabel estuvo llevando niños y niñas a Puebla de la Calzada y a Montijo, tanto del instituto, como del colegio de los Salesianos. *“Los recogía en los pueblos de alrededor, hasta en Puebla de*



Obando. Nos poníamos de acuerdo el matrimonio y uno llevaba el coche y el otro el autobús”.

Isabel confirma que nunca se ha arrepentido de haber trabajado fuera de su casa, al mismo nivel que su marido. *“Cuando estaba parada en el taxi siempre estaba haciendo punto e incluso cosiendo”.*

En Montijo tuvo una habitación en casa de la señora Ramona, la madre de Fina, y ahí tuvo una máquina de coser. *“A mi hija Choni la apunté al colegio en infantil con*



*Testimonio extraído en gran medida del libro *“Las mujeres de la colonización”* de Emilia Ramos Silva, editado por el Ayuntamiento de Valdelacalzada.

Ana, en Montijo y alguna vez se me olvidó ir a por ella al colegio, pero la señora Ramona, que era como de familia, me la recogía y le daba de comer”.

La organización del hogar y del trabajo no era tarea sencilla, y menos con seis hijos. Pero Isabel afirma que *“organizaba a mis hijos para que fueran muy responsables desde pequeños, y así pude desempeñar mi trabajo muy bien”.*

Además, evoca que *“siempre tuve el cariño de la gente que trasladaba y de los comerciantes de Montijo, así como de los médicos y dentistas, que me trataban con mucha familiaridad”.* Quienes la conocen confirman que no es extraño que eso sucediera, ya que Isabel es una mujer resolutiva y dicharachera. Pura luz, pero no ajena a la realidad del tiempo que vivimos. De ahí que pida a los jóvenes que sean más considerados con las personas mayores.

En la actualidad, a sus noventa y dos años y en un tandem hermoso de apoyo mutuo, convive con su hija menor, *Chiqui*. Juntas comparten días y vida.

Isabel Moreno Prieto

104 años
Zarza de Montánchez (Cáceres)

“ *Ciento cuatro primaveras celebrando la vida, tomando las once ¡y merendando patatera con torreznos! Saboreando cada kilómetro recorrido, sacando fuerzas increíbles del cofre del amor. Olvidando lo duro para seguir viviendo.
Sin hijos, pero abuela de innumerables nietos. Con temperamento, humor, ganas de bailar por Manolo Escobar, pero sin prisas por conocerlo.*

Aún no.





Dos lugares de la comarca de Montánchez acogen la vida de Isabel Moreno Prieto. De un lado, Zarza de Montánchez donde llegó al mundo el diecinueve de junio de 1919, hace ya ciento cuatro años, y, en la actualidad, Montánchez, donde vive en la residencia geriátrica “Balcón de Extremadura”.

Isabel se siente afortunada por haber podido ir a la escuela, “gracias a que una hermana de su madre trabajaba en casa de una maestra”.

Su padre se llamaba Miguel Moreno Sánchez y su madre Inés Prieto Moreno. Juntos tuvieron cuatro hijas: Gregoria, María, Inés, y la benjamina, que era Isabel.

La suya fue una infancia sin comodidades, “*pero no vivimos mal*”. Inés, la madre de Isabel era ama de casa y Miguel, su padre, trabajaba en el campo. Las cuatro hijas colaboraban en ambas tareas, no sólo en el hogar. También en la siembra de garbanzos, altramuces, habas o guisantes.

Isabel se siente afortunada por haber podido ir a la escuela, “*gracias a que una hermana de su madre trabajaba en casa de una maestra*”. Ella fue quien les

enseñó a leer y escribir. A contar, no tanto. De hecho Isabel asegura que no sabe hacer cuentas. Sin embargo, nadie la engaña con la vuelta cuando hace la compra. Su familia, que la conoce bien, siempre destaca de ella que es muy avispada y que, en ocasiones, finge no saber hacer ciertas cosas *“cuando le conviene”*, por pura picaresca.

Durante su adolescencia, Isabel se inició en sus primeros trabajos. Por las mañanas servía en algunas casas del pueblo y por las tardes cuidaba de los hijos mellizos de una farmacéutica de su localidad. Pasado algún tiempo



compatibilizando ambos trabajos, su madre decidió que *“parara un poco”*, ya que casi no pasaba tiempo en casa y, cuando llegaba, estaba realmente cansada.

Isabel calcula que tendría aproximadamente dieciocho años cuando conoció a Macario Mateos Moreno, un joven vecino de Zarza de Montánchez del que se enamoró perdidamente, sobre todo *“por ser una persona muy bondadosa”*.

Macario era barbero; lo fue durante veinticinco años. Compartía negocio con un primo suyo. Él trabajaba de noche, su primo de día y los dos cobraban el salario en sacos de trigo.

Por las mañanas, Macario trabajaba además en el campo. Isabel lo ayudaba, pues tenía experiencia por haberlo hecho antes junto a su padre y hermanas.

Alegría es el sentimiento con el que Isabel recuerda el día de su boda. Relata que *“fue un día maravilloso, recuerdo perfectamente lo bien que lo pasamos y todo lo que cantó mi suegro”*. Llevó un vestido negro *“muy propio de aquella época, ya que había fallecido mi padre”*.

El suyo, relata Isabel, fue un matrimonio muy feliz, sin hijos, por decisión de ambos. A los dos les encantó

siempre viajar. Juntos recorrieron Barcelona, Bilbao o Sevilla...

Cuando su marido falleció, Isabel lo pasó realmente mal, pero, con el tiempo, dio continuidad al espíritu viajero que había compartido con su marido y realizó infinidad de excursiones; entre otras, a los balnearios. *“Me gustaba especialmente recorrerme todos los veranos algún balneario de la geografía española”.*

Isabel se define como una mujer con mucho temperamento, pero que se lleva muy bien con todo el mundo. Se considera además una mujer pionera y adelantada a su tiempo. Cuenta que fue la primera mujer en *“tomar las once”*, que sólo *“era cosa de hombre”* y que ella recorría junto a su marido los tres bares que había en el pueblo y se tomaban sus consumiciones a media mañana.

Pero no todo fue de color de rosas en la vida de Isabel. Los últimos quince años de vida de su marido, en un estado de total dependencia fueron especialmente duros para ella.

Cuando su marido falleció, Isabel lo pasó realmente mal, pero, con el tiempo, dio continuidad al espíritu viajero...

Su familia relata como, aunque Isabel era físicamente *“poca cosa”*, delgada y de corta estatura, los cuidados que necesitaba su marido le hacían sacar una enorme fuerza para atenderle, nadie sabía muy bien de donde... posiblemente del amor. Era ella quien movilizaba a Macario, le daba de comer, le ayudaba con todo *“siempre con una buena palabra en la boca, un beso y, sobre todo, mucho cariño”.*



Pese a que tiene una memoria envidiable, no recuerda haber tenido ninguna enfermedad y eso que, como recuerdan sus sobrinas, la palabra cáncer ha pasado en dos ocasiones por su vida: primero, en la piel y, más tarde, en la vejiga. En esta última ocasión, los equipos médicos pensaron que ya no saldría adelante, pero su salud resistió.

Isabel comparte con complicidad *“que el olvidar los momentos malos de su vida es parte de mi secreto para durar tantos años”*.

Quienes conocen a Isabel la definen como una mujer fuerte, luchadora y positiva. Siempre está de buen humor y con una vitalidad que sorprende pese a tener esos ciento cuatro años que realmente no aparenta.

Juana, una de sus sobrinas, relata que *“mucha gente mayor ya no tiene tanto entusiasmo por la vida porque sienten que han vivido mucho, pero Isabel piensa todo lo contrario. Aunque es consciente de que no le pueden quedar muchos años de vida, dice que no piensa en la muerte y que espera que venga dentro de mucho”*.



Otro ejemplo de la vitalidad de Isabel se vislumbra en la respuesta que da cuando las trabajadoras del centro geriátrico en el que vive le preguntan por sus deseos o por lo que le gustaría tener para su próximo cumpleaños. Ella responde con mucha guasa: “Conocer a Manolo Escobar”, pero como Isabel sabe que ha fallecido, no se apura y añade: “todavía puedo esperar más tiempo para conocerlo”.

Muchas personas le preguntan por su secreto para

llegar con tanta energía y salud a su edad. Ante esa inquietud, tantas veces repetida, ella se siente muy orgullosa de responder, “*merendar un trocito de patatera y unos torreznos que me freía todos los días mi resobrina Juliana*”.

Todos los días Isabel recibe alguna llamada de familiares o vecinos, ante lo que suele comentar con su particular gracia “*muy mala no habré sido para que tantas personas pregunten y se interesen por mi*”.



Vital como pocas personas, Isabel es el reflejo de lo mucho que le ha gustado divertirse y de lo que le sigue gustando. De hecho, cada vez que hay alguna fiesta en la residencia, es la primera en salir a bailar.

Aún hoy recuerda con mucho cariño la fiesta de centenario que organizaron en su honor sus vecinos. Cuenta que “*¡duró una semana!*” y que a la fiesta iban llegando gente del pueblo que ya vive fuera. “*Estuvimos siete días comiendo, bebiendo y bailando*”, añade.



También evoca entre risas cómo la llaman tanto las trabajadoras, como los usuarios de la residencia “*Balcón de Extremadura*”. “*Me dicen ‘La Abuela’. Y yo siempre les digo que, para no haber tenido hijos, me han salido muchos nietos*”.

Cuando le preguntamos por el consejo que les daría para sus vidas, su tono de voz se torna más serio y expresa contundente: “*que sean leales con sus padres y les atiendan*”.

Vital como pocas personas, Isabel es el reflejo de lo mucho que le ha gustado divertirse y de lo que le sigue gustando.

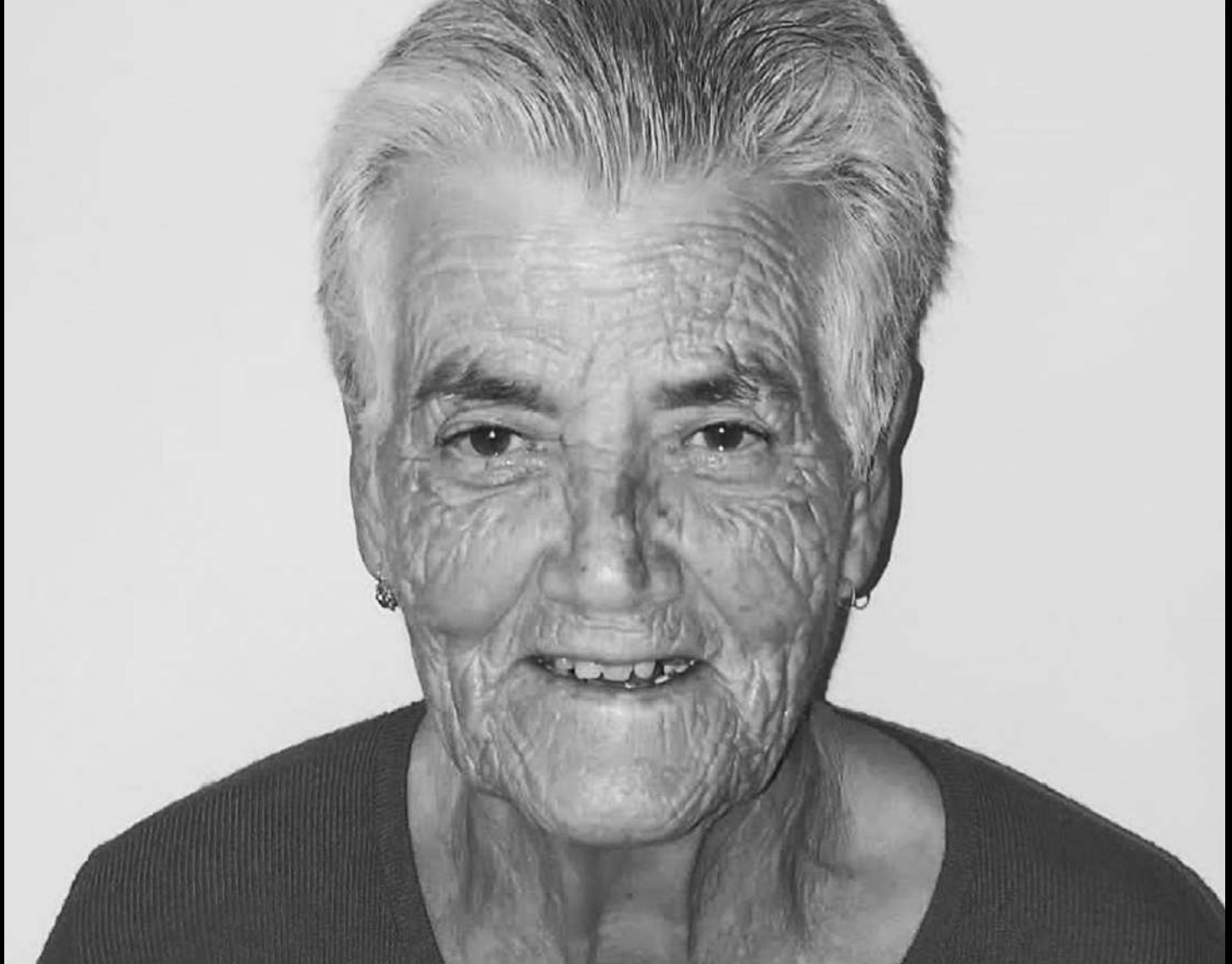
Su familia y sus amigos la describen, tal y como reflejan sus palabras, como una mujer de temperamento, con mucho carácter, pero también simpática y bromista.

Pura vitalidad. Isabel, aseguran quienes la conocen bien, es independiente y, al mismo tiempo, servicial donde las haya, dispuesta siempre a ayudar a sus vecinos en todo lo que necesiten.

Juliana Fresneda Rico

83 años
Alcántara (Cáceres)

“ *Dos hogares tejidos con lana suave,
Alcántara y Alemania, Alemania y
Alcántara.
Afectos geográficamente distantes.
Corazón siempre repartido.
Mujer valiente y generosa.
Feliz en cada reencuentro.*



Juliana Fresneda Rico nació el nueve de marzo de 1940 en Alcántara. Formó parte de una familia de cuatro hermanos en total: Ángel el mayor, Anastasio el pequeño de los hombres y Florentina la pequeña. Juliana fue la segunda hermana mayor de los cuatro. Actualmente sólo vive su hermana Florentina, que reside en Pamplona, pero las hermanas mantienen una frecuente comunicación telefónica.

El padre de Juliana se llamaba Anastasio. Se dedicaba a las labores del campo. Su madre, de nombre María, se encargaba del cuidado de los hijos y las tareas del hogar. De pequeña, Juliana acudió colegio del pueblo. Fueron pocos años, pero le dio tiempo a aprender a leer, escribir y a socializar.

Para la celebración de su Primera Comuni3n, Juliana recuerda que, como sus padres no disponían del dinero suficiente, las monjas del pueblo le dejaron el vestido para ese día.

Cuando cumplió los dieciséis años, Juliana se fue a trabajar a Cádiz. Como era menor de edad, necesitó un permiso de su padre. Su trabajo se encontraba en el hogar de un Capitán de la Armada Naval. Durante dos años se dedicó a la limpieza de la casa y al cuidado de los pequeños del hogar.



Algún tiempo más tarde, regresó a su pueblo. Allí empezó a trabajar en una “fonda”, que, como ella misma describe, “*es un hotel, pero más barato*”.

En la fonda coincidió trabajando con la madre, la hija y la nieta de los dueños. De las tres guarda un bonito recuerdo. Ella se encargaba de la limpieza de habitaciones de los serranos que se alojaban allí cuando era la época de traer el ganado a Extremadura.

En sus ratos libres le gustaba acudir a los bailes del pueblo y fue en uno de ellos donde conoció a un joven

llamado Tomás. En muy poco tiempo se hicieron novios y dos años más tarde se casaron en su pueblo. Ella vestía un traje de color beige.

Fue una celebración sencilla, en su casa, con la familia de ambos. Tras la boda, Juliana y Tomás pasaron un par de días juntos y él volvió a trabajar. “*Esa fue nuestra luna de miel*”.

En sus ratos libres le gustaba acudir a los bailes del pueblo y fue en uno de ellos donde conoció a un joven llamado Tomás.





Emigrar

Ante la escasez de trabajo en el pueblo, el matrimonio emigró a Alsasua, donde permanecieron diez años. Allí Tomás empezó a trabajar de barrenista *“tirando explosivos para remover las tierras y hacer túneles”*.

Estando en Alsasua, el veintinueve de julio de 1963, nació su única hija, Estefanía, *“una niña tranquila y nada llorona”*, señala Juliana.

En 1972 cuando Estefanía cumplió nueve años, continuaron su tránsito migratorio hasta llegar a Alemania. Tomás se había ido un año antes para conseguir un empleo mejor y mayores posibilidades para su familia. Cuando Juliana y Estefanía llegaron, se adaptaron enseguida y, en poco tiempo, ya estaban familiarizadas con el idioma y con la vecindad.

Ante la escasez de trabajo en el pueblo, el matrimonio emigró a Alsasua, donde permanecieron diez años.

Fue en Alemania donde Juliana ha pasado gran parte de su vida *“realmente muy a gusto”*, relata. Allí encontró un trabajo de pinche de cocina en un hotel con un horario compatible en gran medida con la crianza de su hija.

“Entraba a trabajar a las once de la mañana y salía a las tres de la tarde”, relata.

Al término de su contrato en el hotel y, con la ayuda de su hija, Juliana comenzó a tejer con lana, no sólo prendas para los miembros de su familia y para ella misma, sino con otra perspectiva más comercial. Tuvo tan buen tino con su forma de tejer que terminó por trabajar para una boutique del pueblo. Hacía jerséis de punto a medida, además de muchos otros encargos por los que le llegaban a pagar grandes cantidades de dinero.



En aquella etapa Juliana pudo viajar y conocer ciudades del país como Düsseldorf, Neuss y Alsdorf. Eso sí, sus vacaciones de agosto eran intocables: “*siempre, siempre, siempre volvía a su pueblo*”. Le gustaba acudir para disfrutar de los reencuentros con sus familiares a los que añoraba por la distancia y, cuando podía, lo hacía coincidir con las fiestas.

Volver

Una vez jubilados y tras sumar veinticuatro años en Alemania, ella y su marido decidieron volver a vivir a su pueblo, Alcántara. Para ello se construyeron la casa que siempre habían soñado. Su marido disfrutó de un pequeño huerto y ella de acompañarlo en esa vida tranquila.

Sin embargo, tiempo después Tomás falleció. Fue un golpe muy duro para Juliana que, a día de hoy, sigue intentando sanar. Siempre que habla de Tomás evoca hermosos recuerdos: su bondad, su cariño y la belleza de haber estado siempre juntos.

Actualmente Juliana se encuentra cómoda en la

residencia “*San Pedro de Alcántara*”. Allí ha encontrado a un grupo de compañeras con las que comparte las actividades del centro y los ratos libres del día a día.

A muchas las conocía de su etapa de juventud, relata. Cuando le preguntamos por el consejo que daría a quienes ahora son jóvenes, lo tiene muy claro: “*que estudien y que sean formales*”, es lo más importante, señala.

Juliana está contenta, pero echa mucho de menos a su familia de Alemania. “*Allí viví grandes momentos felices*”, relata. Algunos de ellos son el nacimiento de sus dos nietos, Jorge, el mayor y Pablo, el pequeño. Con los dos mantiene una estrecha relación que, si bien es telefónica, también es enormemente afectiva.

Está deseando verles por el pueblo, aunque entiende que continúen allí. Ellos también la entienden. “*Por más que lo han intentado, no han logrado convencerme para que regrese a Alemania a estar con ellos*”. Tiene ganas de verlos a todos, pero, sin duda, lo que más ilusión le hace es conocer a su primera biznieta. “*Se llama Paula*”, cuenta Juliana enseñando sus fotos mientras sonríe.

Tras sumar veinticuatro años en Alemania, ella y su marido decidieron volver a vivir a su pueblo, Alcántara.



Laureana Hurtado de Mendoza Caro

93 años

Almendralejo (Badajoz)

“ *Trabajadora, independiente, capaz.
Laureana vs Nanai.
Niña de la guerra
cuidadora, a su vez, de multitud de ellos.
Que rompe moldes, con la sonrisa puesta
y sobre cuatro ruedas.*



Laureana Hurtado de Mendoza Caro nació en Valdepeñas en el año 1930. Fue la hermana pequeña de cinco hermanos.

Tenía seis años cuando comenzó la Guerra Civil. A pesar de ser tan pequeña en aquel entonces Laureana conserva nítidos los recuerdos que marcaron su infancia, entre otros, cuando su hermano mayor tuvo que irse al frente,

o el regreso de éste a casa después de estar internado un año en un campo de concentración.

Tenía seis años cuando comenzó la Guerra Civil. Recuerda las penurias vividas y el hambre que se pasaba.

También recuerda las penurias vividas y el hambre que se pasaba. Lo único que había asegurado, señala, eran las cartillas de racionamiento, “*aunque mi padre se las ingeniaba para sacar comida por otros medios*”, apunta.

De su vida en Valdepeñas, casi todos sus recuerdos están teñidos por la violencia y los sinsabores de la guerra. Evoca como los pueblos se quedaron sin hombres, “*porque todos estaban en el frente y las mujeres estaban obligadas a trabajar en el campo*”.



Por más que sus familiares disimularan delante de ella e intentaran protegerla, Laureana es consciente de los actos violentos que a su corta edad contempló.

Volver a empezar

Finalizada la guerra, y debido a la significación ideológica de su padre, no pudieron permanecer en su ciudad natal y emigraron a Almendralejo, donde su padre trabajó en la oficina de Correos. Esa ha sido su localidad y ahí ha residido hasta el día de hoy.

Laureana narra el choque cultural que le supuso llegar a Almendralejo ya que, según ella, *“había mucha incultura y retraso respecto a Valdepeñas”*.

Pero eso no fue lo más difícil de superar. Laureana relata como el estigma político pesaba sobre su familia hasta tal punto que la gente les evitaba. La rechazaron en el colegio de monjas en el que intentaron matricularla e, incluso, por miedo a represalias, les costó encontrar a alguien que les alquilara una vivienda.

Finalmente encontraron un altillo, que entonces se utilizaba para guardar víveres. Lo arreglaron y vivieron allí durante algún tiempo.

A pesar de este rechazo inicial, Laureana explica como, con el paso del tiempo, todo el mundo acabó queriendo mucho a su padre. *“Debido a su trabajo podía hacer ciertos favores, como camuflar la comida que algunas madres enviaban a sus hijos de otras partes de España. También, al haber tanta gente analfabeta, mi padre escribía las cartas que la gente le dictaba”*. Así las cosas, se acabó ganando el favor y reconocimiento de la población local.



De Laureana a Nanai

De pequeña Laureana era muy traviesa. Según narra, se “portaba más como los niños de entonces que como se debían portar las niñas”.

Ya de adolescente, aprendió a coser y a hacer ganchillo.

Su padre no quería que trabajara, pero en contra de sus deseos, a los dieciséis años empezó a trabajar como dependienta en una farmacia. Allí permaneció veintidós años. Laureana recuerda aquel tiempo con mucho

cariño: “La farmacia estaba en un lugar céntrico”, relata, “y los clientes quedaban muy agradecidos cuando les iba bien algo que les vendía. Por aquel entonces se estilaban mucho los supositorios”.

Ya con treinta y ocho años y hasta su jubilación, trabajó como cuidadora de guardería. Un oficio que la ha hecho muy popular en Almendralejo, hasta tal punto, que para toda la población, ella no es Laureana, sino Nanai. También este trabajo le gustó mucho: “cada oficio tiene su encanto”, relata.





Laureana es soltera. Preguntada por ello cuenta que no siente que se haya enamorado nunca, al menos “no para casarme”.

Le gustaba salir con sus amigos: “éramos muy modernos para aquella época. Hacíamos fiestas en el campo a las que cada uno llevaba algo de picar y lo pasábamos en grande. Yo me lo he pasado muy bien”, narra ella, “y me han gustado algunos hombres, pero no como para casarme.

Estaba mucho más a gusto en casa, con mis padres, que eran buenísimos” explica.

Su padre no quería que trabajara, pero en contra de sus deseos, a los dieciséis años empezó a trabajar

Cuando su padre se jubiló, Nanai se sacó el carnet de conducir e, incluso, con sus propios ahorros, llegó a comprarse un coche. Viajó muchos fines de semana con su padre y con su hermana. Juntos conocieron muchas ciudades de España, algo que recuerda con mucho cariño. No era algo muy habitual para la época que una mujer tuviera carnet de conducir, pero eso a ella no le importaba en absoluto: “Yo iba adelante, sin miedo. He tenido dos Renault 5 y jamás me han dado un porrazo ni lo he dado yo. Vamos, que no he tenido ni un pinchazo siquiera”, cuenta.

Eso sí, una vez le paró un guardia civil para comprobar su documentación, sólo que “era un joven conocido... al que yo había tenido de chico en la guardería”, ríe al recordarlo. “¿Tú eres...?, me dijo. Y yo le dije, ¡Pues claro!”.

Desde que falleció su hermana, Laureana ha vivido sola en casa, donde dice que permanecerá mientras su salud se lo permita. Recientemente se rompió la pelvis por tres partes y no tuvo una recuperación fácil, pero insiste, “gracias al taca, me sostengo”.

Actualmente participa en el *Programa de Acompañamiento a la Soledad* del Ayuntamiento de Almendralejo. De hecho, es la usuaria de mayor edad del grupo. En el programa se le proporciona una serie de servicios a domicilio con el fin de retrasar lo máximo posible su ingreso en una residencia, así como medios para paliar su soledad y mitigar el posible aislamiento al que pudiera verse sometida.

Ella siempre está dispuesta a colaborar y a participar en eventos de todo tipo, despertando simpatía y cariño en el entorno que le rodea.

Al ser preguntada por los consejos de vida para compartir con las personas jóvenes de cara a futuro, se muestra dubitativa, “¿Y sabes por qué?”, pregunta, “pues porque

no estoy segura de que los jóvenes de hoy en día se dejen aconsejar”.

Reflexiona hondamente Laureana sobre cuanto ha cambiado la educación en los hogares desde que ella era niña hasta el día de hoy, “no siempre para bien”.

Ella siempre está dispuesta a colaborar y a participar en eventos de todo tipo, despertando simpatía y cariño en el entorno que le rodea.

De ahí que el consejo que les desea transmitir es que “hagan lo que quieran, pero sanamente, con respeto y educación. Esa misma que mis padres me inculcaron a mí y que es tan valiosa”.



Magdalena Domínguez Galván

90 años
Montemolín (Badajoz)

“ *Del sueño madrileño, y el estigma social.
Del silencio abnegado,
y el miedo al señalamiento.
Del amor de una madre,
que es madre y padre a la vez, que lanza
besos de lejos, dinero y cuidados desde la
distancia.
Del coraje de quien no se rinde,
y a quien un día, donde empezó todo, la
vida le regala un reencuentro.*



Magdalena nació el veintiuno de junio de 1933 en Montemolín, un pueblo al sur de la provincia de Badajoz, donde tuvo una feliz infancia junto a sus padres, Matilde y Antonio y a sus diez hermanos.

Su padre, que era albañil, le inculcaba siempre la importancia del trabajo para conseguir cualquier propósito, ya fueran unos zapatos, un pantalón, una casa o la comida de cada día.

La suya fue una familia que tuvo que trabajar duro para conseguir todo lo que tienen.

Su madre servía en una de las casas del pueblo. También limpiaba las lámparas, el altar y todo el mobiliario sagrado de la iglesia que le mandaba la señora, sin dejar atrás el cuidado y la crianza de sus once hijos.

Con estos dos referentes de lucha incansable, Magdalena, que ahora tiene noventa años, siente que ha tenido dos modelos inspiradores de una vida repleta de trabajo.

La suya fue una familia que tuvo que trabajar duro para conseguir todo lo que tienen, con la constancia y la consciencia del esfuerzo que supone conseguir cada peseta.



Entre sus gustos, Magdalena relata cómo le encantaba rezar el rosario cada sábado por la tarde. Por otro lado, en la escuela, destacó por su viveza. Era una niña muy aplicada, con gran pasión por la lectura. De hecho, cuenta que si había que leer algo en voz alta, era ella siempre quien se ofrecía para hacerlo; disfrutaba mucho leyendo. Recuerda que había un niño en el pueblo que se llamaba Enrique y que era ciego. Enrique “venía todas las mañanas a buscarme para que le leyera en voz alta el libro que traía”.

El paso de Magdalena por la escuela fue breve, “hasta terminar los estudios que me correspondían”. Después, se entregó a ayudar a su madre en casa en todo aquello que necesitara.

Era una niña inquieta, coqueta. Le gustaba siempre estar activa, “ir por delante de la época en la que vivía, aunque mi padre siempre me ponía freno”. Eso era algo que a Magdalena le frustraba mucho.

El sueño madrileño

No tenía cumplidos aún los diecisiete años, cuando Lola, una amiga del pueblo que trabajaba en Madrid hacía ya algunos años, fue de vacaciones a Montemolín.

Ambas coincidieron y ese verano compartieron mucho tiempo, también muchas reflexiones sobre qué hacer con su futuro. Magdalena sabía que el suyo no estaba en el pueblo y tenía claro que quería trabajar fuera.

*Le gustaba siempre estar activa,
“ir por delante de la época en
la que vivía, aunque mi padre
siempre me ponía freno”.*

Durante ese verano, su amiga le había transmitido lo contenta que estaba trabajando en el servicio doméstico de una casa en Madrid y le recomendó hacer lo mismo a Magdalena, si es que realmente no deseaba vivir más tiempo en Montemolín.

Magdalena no se lo pensó dos veces y no tardó en comentarle a sus padres la idea de emigrar para buscarse un futuro. Ellos estuvieron de acuerdo, “pero antes me pusieron sobre aviso de todo lo que podía pasarme y que no querían que me pasara”, explica.

Recuerda nítidas las palabras de su hermano mayor, quien desde la experiencia de quien suma más años, le recomendó a su hermana “que tuviera cuidado con quien salía y con quien entraba”.



A los pocos días de tomar la decisión de emigrar y partir hacia Madrid, Magdalena se entregó a los preparativos con mucha ilusión. Era para ella *“una nueva aventura en su vida”*.

Como Magdalena aún no tenía carné de identidad, su padre tuvo que firmar en el cuartel de la Guardia Civil la autorización correspondiente para que su hija pudiera salir del pueblo.

Con la logística y la burocracia a punto, Magdalena puso rumbo a Madrid. Lo hacía dispuesta a empezar una nueva etapa de vida y afrontar de manera independiente lo que el destino le fuera deparando.

A su llegada, su amiga Lola habló con su jefe para que Magdalena pudiera estar con ellos unos días, mientras encontraba una casa para comenzar a trabajar. A los cuatro días de estar allí, ya tenía un trabajo en el que comenzar su camino.

Un embarazo no esperado

Aunque estaba siempre atareada en sus labores, Magdalena seguía en contacto con su amiga Lola. Las dos tenían dos horas libres por las tardes, que

aprovechaban algún que otro día para verse dando un paseo o tomando algo en una terraza madrileña. A veces, incluso iban al baile.

Como Lola llevaba más tiempo en la capital, conocía a mucha más gente. Y poco a poco se la fue presentando a Magdalena. Quería que su amiga se integrara en su círculo de amistades.

Lola tenía pareja. Quedaban muy a menudo con Magdalena para salir juntos. La pareja de Lola tenía un primo y, en uno de sus encuentros, Lola se lo presentó.

Al poco de conocerse, Magdalena y ese chico tuvieron varias citas, hasta que de repente, sin esperarlo, Magdalena dejó de saber de él.

Ella siguió centrada en sus labores, dando el mejor servicio que podía en la casa en la que trabaja, pero empezó a preocuparse cuando observó como pasaban los días y su menstruación no terminaba de llegar. Al cabo de algún tiempo, comprobó que estaba embarazada.

Ante la intensidad de una situación así, tan delicada, Magdalena se sintió sola. Necesitaba poder hablarlo con

alguien... y como el chico con el que había estado hace unas semanas no quería saber nada de ella, *“no fue la primera persona en la que pensé para decírselo”*.

Fueron unos días muy agitados en los que Magdalena *“no paraba de darle vueltas en la cabeza a todo lo que le estaba pasando. No sabía qué hacer, ni a quién acudir para compartir la situación”*.

Ante la intensidad de una situación así, tan delicada, Magdalena se sintió sola. Necesitaba poder hablarlo con alguien...

Le avergonzaba contárselo a alguien, estaba lejos de su familia... y no paraba de recordar las palabras con las

que su padre y su hermano mayor la intentaron prevenir antes de trasladarse a Madrid... *“era justo lo que me había pasado”*.

Los días pasaban y Magdalena optó por no abortar. Su cuerpo ya evidenciaba que estaba embarazada, cuando habló con la portera de la casa donde trabajaba. Después de escucharla, le *“refirió que podía haber tomado algo para interrumpir ese embarazo”*.

Cuando sus jefes supieron la noticia, se portaron muy bien con ella. Lejos de despedirla, la ayudaron en todo lo que pudieron. Aun así, Magdalena tenía mil dudas sobre cómo iba a ser su vida después de ser madre, pero

lo que tenía muy claro es que, “a ese bebé, lo iba a tener a pesar de todas las consecuencias”.

Ser madre

En 1957, cuando Magdalena tenía veinticuatro años, nació una niña preciosa. Fue en el orfanato de monjas de la institución “Ntra. Sra. de la Almudena” de Madrid.

La llamó María Jesús. María era el nombre de su jefa y, Jesús, el del jefe y padrino de la niña que acababa de nacer. María, su jefa fue también la madrina. María Jesús salió bautizada del orfanato. Y de allí, sin dudarlo un minuto, Magdalena se dirigió de inmediato al pueblo, con su niña en brazos.

Sus padres, en principio, le regañaron seriamente por no seguir sus advertencias y recomendaciones, pero nunca les cerraron las puertas de su casa, sino todo lo contrario. Aun así, un ciclón emocional arrasó a Magdalena. Tanto fue así que mientras la madre de Magdalena sacaba a pasear a la niña, ella se quedaba en casa, llorando sin parar hasta que volvían.

La vida continúa

La vida continuaba y Magdalena no podía estar más tiempo en el pueblo, tan decaída y sin trabajar. Ahora, con más motivo, tenía que salir adelante: tenía una niña a la que criar.

Su familia le apoyó en todo. Sus padres se quedaron criando a su nieta, mientras Magdalena volvía a Madrid para seguir trabajando.

Al poco tiempo de regresar, se enteró por su hermana de que el padre de su niña estaba intentando ponerse en contacto con ella. Él había llamado y ella le había exigido que dejara tranquila a Magdalena y que no la volviera a molestar.

Así las cosas, el padre de su hija optó por escribirle una carta a Magdalena. En ella le explicaba el motivo de su ausencia todo aquel tiempo y de su desaparición tiempo atrás. No podía estar con dos mujeres a la vez.

Una vez conocida esa información y dando por cerrado ese capítulo de su vida, Magdalena se afanó en encontrar trabajo, era su prioridad. En la casa de sus antiguos jefes ya habían contratado a otra persona, pero tuvo mucha suerte al encontrar su nuevo empleo

en la casa de un prestigioso ingeniero industrial. Allí prestaba el servicio de limpieza, comida, lavado de ropa y también se encargaba del cuidado de sus hijas pequeñas. Magdalena no sabía aún hacer la gran mayoría de las tareas que le encomendaban, pero todo lo fue aprendiendo de manera autodidacta y con altas dosis de amor propio.

En esta casa, poco a poco, Magdalena fue ganándose su espacio y la confianza de sus empleadores, hasta el punto de convertirse en la trabajadora con la que contaban para todo en su día a día, hasta en sus



vacaciones. *“Así fue como he disfrutado y me he recorrido gran parte de nuestro país, junto a ellos”*, explica.

Magdalena compartía gran parte de su tiempo con los seis pequeños de la casa, entre ellos, Sara y Virginia, a quienes, a día de hoy, sigue teniendo muy presentes en su vida. Magdalena narra como *“el cariño que les di desde siempre es inversamente proporcional al que recibí de esos seres pequeños que se iban convirtiendo poco a poco en grandes personas”*. Estuvieron siempre pendiente de ella, también cuando Magdalena fue envejeciendo.

Siente que tuvo mucha suerte por *“caer en una casa en la que se respiraba gran armonía, con unos jefes con los que daba gusto estar y unas criaturas que tenían una educación excelente”*.

Sin miedo al qué dirán

Magdalena *“ha ido siempre con la cara levantada”*. Sabe bien que no ha hecho daño a nadie y le reconforta sentir que sus padres la adoraban. Sin embargo, ella siempre tuvo reparo en *“compartir socialmente que era madre soltera”*. En otros tiempos, era algo realmente escandaloso.

Con tiempo y esfuerzo, afrontó esa situación “sin necesidad de pedirle nada a nadie”. Conoció a más hombres a lo largo de su vida: “unas personas iban y otras venían”, pero no llegó ninguna pareja a la que Magdalena quisiera dar el papel de padre para su hija.

Magdalena relata la historia de amor que compartió con un joven, pero “que no llegó a nada más porque su familia no quería que se casara con una mujer trabajadora y humilde como ella”.



Su objetivo fue que su hija María Jesús “viviera como una reina y que a sus padres no les faltara de nada”

Aquella situación significó para Magdalena un antes y un después y la reafirmó en la idea de ejercer solo ella el papel de madre y de padre para su hija. Para ello, ha trabajado toda su vida. Su objetivo fue que su hija María

Jesús “viviera como una reina y que a sus padres no les faltara de nada”. También intentó apoyar a todas las personas a las que podía.

Fue muy duro para Magdalena, y también para su hija, sumar unas Navidades a otras y no poder celebrarlas juntas. No poder compartir el tiempo que les gustaría, más allá de los días de permiso de Magdalena, “en los que ella aprovechaba para ir rauda al pueblo a ver a la niña y a mis padres”.

Al mismo tiempo que sus padres envejecían y fallecían (primero su padre, más tarde su madre), su hija María Jesús fue creciendo y haciendo su vida en el pueblo. Allí formó su hogar, se casó y convirtió a Magdalena en abuela de dos nietos y cuatro bisnietos.

Hace aproximadamente dos años, Magdalena enfermó y tuvo que ser ingresada en el hospital. Su hija viajó rápidamente a Madrid para cuidar de ella y para gestionar el retorno de su madre a Montemolín, su pueblo natal, en concreto al centro residencial municipal.



De vuelta a la tierra, en concreto a la residencia “Montemolín”, Magdalena siente que ha vuelto a casa. Y aunque echa mucho de menos los años vividos en Madrid, celebra que, definitivamente, ella y María Jesús, madre e hija, puedan estar cerca, conocerse más a fondo, descubrirse después de toda una vida de ausencias.

Con el paso del tiempo, con noventa años cumplidos y echando la vista atrás, Magdalena encara lo vivido con otros ojos. Piensa en las mujeres jóvenes que puedan estar viviendo lo mismo que ella ahora y tiene claro qué les diría: *“Que salgan adelante con lo que les venga, que no tapen nada, que no oculten nada, que no se hagan daño a ellas mismas. Que sigan su rumbo, pero con derecho a derechos. Que, sin rencores, caminen hacia adelante, sin pensar en los demás, sino en ellas mismas”*.

María de los Ángeles Veleda Santamaría

75 años
Badajoz

“ *De un Madrid que impone, a un barrio al que vincularse.
De pionera en la burocracia del desamor, a confirmar que, en ocasiones, perder es ganar.
La solidaridad en su centro.
Haciendo redes de apoyo mutuo.
Sin descanso.
V de voluntariado.
V de vida.
A todas las edades, creando comunidad.*



M^a Ángeles nació un veinticuatro de mayo de 1948 en El Perdigón (Zamora). Era la más pequeña de siete hermanos. A los catorce años, nunca había salido aún de su pueblo. La primera vez que lo hizo fue para irse a trabajar a Madrid, en concreto, a servir a la casa de una familia de comerciantes.

“Madrid en aquella época imponía” hasta tal punto que incluso su padre quiso que regresara al pueblo porque pensaba que era muy joven para estar allí. Sin embargo, ella estaba decidida a ganarse la vida trabajando y no tenía miedo a la gran ciudad.

La primera vez que salió de su pueblo lo hizo fue para irse a trabajar a Madrid.

M^a Ángeles creó una buena relación con la familia para la que trabajaba, cuidando a la madre y al hijo del comerciante, que era el padre de familia. Fue tanta la implicación emocional de M^a Ángeles con esta familia, que la relación perduró en el tiempo. Para M^a Ángeles *“siempre será un bonito recuerdo de mis primeras etapas de juventud”*.

Algún tiempo más tarde, M^a Ángeles pasó a trabajar en la misma fábrica en la que trabajaba su hermano. Ese fue el lugar en el que conoció a quien más tarde sería su marido y padre de su único hijo, al que llamó Pedro Luis.

Aquellos eran tiempos difíciles *“en los que era normal que alguno de los cónyuges tuviera que salir de su ciudad si encontraba trabajo fuera”*. Así sucedió en su caso y su marido se trasladó a Valencia a trabajar en el puerto. La relación terminó por distanciarse, hasta tal punto, que ella y su hijo comenzaron a vivir con sus suegros. Los atendía en todo lo que necesitaban y lo siguió haciendo cuando tramitó su divorcio y no les unía ningún parentesco. No era un acontecimiento de poca importancia. En aquella época era excepcional la pareja que se divorciaba. De hecho, M^a Ángeles fue una de las primeras mujeres en pedir el divorcio en España.





M^a Ángeles habla de aquella “desaparición” y del abandono de su ex marido con distancia, sin rencor en los pliegues de su voz y siempre con inmenso cariño a sus suegros, “*que estaban tan enfadados con su hijo, que un día insistieron en ir a Valencia a buscarlo*”. No lo encontraron y nunca más supieron de él.

Como el divorcio era algo tan reciente en España, “*Suárez lo acababa de legalizar*”, la Guardia Civil tenía que solicitar informes al entorno cercano, “*sobre mi comportamiento*”. A todo el mundo a quien le preguntaron “*hablaron maravillas de mí*”, relata, “*lo único que hacía era cuidar a mi hijo*”. Y sonríe al recordar cuando fueron a por ese mismo informe a casa de sus suegros. Su suegro le dijo al guardia civil: “*¿Y usted cree que si mi nuera no fuera buena persona, iba a estar viviendo conmigo?*”.

Sus suegros, “que estaban tan enfadados con su hijo, que un día insistieron en ir a Valencia a buscarlo”

“*Las vueltas de vida*” trajeron de nuevo a M^a Ángeles y a su hijo a Badajoz. Antes había estado trabajando doce horas diarias en una fábrica de tejidos en Barcelona, pero, gracias a la amistad de su hermano con una familia

extremeña, logró un trabajo como empleada interna en la casa de un matrimonio pacense. Se ocupaba, principalmente, de cuidar de los dos hijos de la familia.

En esa etapa, *“en un jardín”*, fue cuando M^a Ángeles conoció a Antonio, el hombre con el que se casó más tarde en segundas nupcias. Su historia de amor se tejió entre árboles y flores. Él era viudo, y trabajaba como guarda de parques y jardines. Ella acudía frecuentemente a los jardines para que jugaran sus sobrinos y su hijo y, en ese contexto, comenzaron a conocerse, hasta que un día él le pidió matrimonio. *“Fue un hombre maravilloso, nunca me faltó de nada y me quiso muchísimo”*, evoca M^a Ángeles.

Antonio acudía a los llamados *“hogares del pensionista”* por aquel entonces y al actual centro de mayores *“Campomayor”*. La implicación de M^a Ángeles en el centro comenzó a ser muy activa, sobre todo, desde que su marido se jubiló. Participaban en todas las actividades con gran ilusión, ofrecían constantemente su ayuda y aportaban todo lo que estuviera en su mano para colaborar. Con los años incrementaron tanto su participación que pasaron a formar parte de la Junta de Gobierno.

M^a Ángeles también se volcó enormemente en la ayuda





desinteresada a las personas de su barrio, uno de los más humildes y necesitados por aquel entonces en Badajoz: “*El Gurugú, la Luneta, las 800 viviendas. Vamos, la margen derecha del Guadiana*”.

En el centro de mayores “*Campomayor*”, M^a Ángeles fue largo tiempo Presidenta de la Junta de Gobierno. En el año 2023 ha pasado a ser vicepresidenta, pero sigue liderando con energía la Asociación de Voluntariado que

Su historia de amor se tejió entre árboles y flores. Él era viudo, y trabajaba como guarda de parques y jardines.

se creó para realizar de forma más organizada algunas de las acciones altruistas que desarrollan, como llevar alimentos a personas en situación de dependencia que viven solas o que no pueden acudir al comedor del centro de mayores.

Además, cuando empezó a despuntar el uso de móviles y otras herramientas informáticas, M^a Ángeles se formó en nuevas tecnologías. Con mucha ilusión, se vinculó a un proyecto de “*Fundación la Caixa*” en convenio con la Junta de Extremadura, que la llevó a ser voluntaria de las “*Ciber-aulas Penitenciarias*”.

Estuvo doce años ininterrumpidamente participando en ellas, realizando no sólo una labor didáctica, de alfabetización tecnológica, sino, fundamentalmente, de cercanía y motivación a los internos del centro penitenciario de Badajoz en tercer grado que *“necesitaban aprender conocimiento básicos de informática y nuevas tecnologías para poder acceder al mercado laboral. Siempre nos trataban con muchísimo respeto”*, recuerda.

Como el trabajo por el barrio siempre estuvo en el centro de su interés, durante seis años M^a Ángeles también se vinculó con el programa de la Junta de Extremadura llamado *“Comunidades de Aprendizaje- Aulas interactivas”*. Según relata, *“consiste en impartir clases a un grupo de cinco o seis niños a los que intenta motivar mientras hacen sus tareas”*.

Con su alumnado trabajaba valores como la empatía, la autoconfianza o el compañerismo entre iguales. Lo más importante es que *“siempre lo que se haga, se haga con un gran cariño, el mismo que me devuelven a mí”*.

Ha pasado el tiempo, y M^a Ángeles lleva ya quince

años en el colegio de *“Ntra. Sra. de Fátima”*, ubicado en la zona conocida como *“las 800”*, dando este apoyo escolar. El destino ha querido que su único nieto, Iker, esté en el aula en el que ella hace su voluntariado. Lo disfruta enormemente y sus nietos, el real y los postizos, también. No son pocos los que la ven por la calle y le saludan cariñosos al grito de *“¡Abuela!”*.

A la larga suma de los voluntariados enumerados, hay que añadir uno más, el que M^a Ángeles desempeña en el Banco de Alimentos de Badajoz. Ella siempre está dispuesta para colaborar y participar en la vida de su comunidad, tanto fuera del centro de mayores como dentro, donde siempre se ofrece a informar y animar a otros mayores para que acudan al centro y puedan disfrutar de todos los servicios y actividades que se desarrollan.

Como ha hecho durante toda su vida, le encanta poder ser útil y ayudar a quien precisa apoyo. Esa ha sido siempre su filosofía de vida. Como ella misma dice: *“Hasta que me falten las fuerzas, aquí estaré”*. Y ese es justo el mensaje de esperanza que desea transmitir a las nuevas generaciones: *“Que trabajen, que no*

se acomoden en las ayudas, porque las ayudas se terminan. Que luchen”, insiste. “Y, sobre todo, que hagan voluntariado, del tipo que quieran, pero que lo prueben, porque hasta que eso no suceda, no podrán comprobar la enorme satisfacción que es poder ayudar a otras personas y recibir su afecto”.



María del Carmen León Cascón

71 años

Villanueva de la Serena (Badajoz)

“ *Constancia y esfuerzo: El progreso propio y ajeno lo merece. Madre sin molde. Familia sin más. Voluntariado feliz, del que recarga energías. María del Carmen, de curiosidad sin límites. Sin edad. El conocimiento como llave de la libertad.*



María del Carmen León Cascón nació en el año 1952 en Mérida. Hija de Cristóbal, que era agricultor y ganadero, y de Amparo, perito mercantil (que nunca ejerció), fue la hermana mayor de ocho hermanos llamados José Antonio, Inmaculada, Carlos, Carolina, Amparo, Javier y Valle.

En su hogar siempre desarrolló un rol especialmente volcado en los cuidados, tanto atendiendo a sus hermanos y ayudando en casa, como organizándose para aportar su fuerza de trabajo y hacer así viables sus estudios. De hecho, era muy joven cuando, al tiempo que estudiaba, María del Carmen empezaba a trabajar cuidando a otros niños, a personas mayores, elaborando y vendiendo dulces caseros o dando apoyo en la librería de sus abuelos.

Cuando terminó sus estudios de bachillerato y C.O.U., María del Carmen realizó la carrera de educación física. Para ello tuvo que trasladarse a Madrid. Como implicaba una alta inversión económica, desarrolló trabajos de estética y masajes que apoyaban la financiación de sus estudios.

Terminados éstos, María del Carmen trabajó en varios colegios e institutos de la provincia de Badajoz. Aunque eran trabajos a jornada completa, le preocupó escuchar



que tal vez cerrarían el centro en el que trabajaba, así que, en su escasas horas libres y con gran esfuerzo, estudió también enfermería. De la mano de una amiga, estudió además *“para procuradora de los Tribunales, pero me tocó hacer las prácticas desahuciando a un padre de diez hijos y no quise jamás ejercer. Vi el reflejo de mi familia. Yo no quería trabajar haciendo eso”*.

Así pues, combinó el ejercicio de sus otras dos profesiones, mucho más en línea con su personalidad: la docencia y la enfermería en el Hospital de Don Benito-Villanueva.

Hasta que aprobó las correspondientes oposiciones en Educación, en concreto en el I.E.S. *“Donoso Cortés”* de Don Benito, repartió su tiempo laboral de manera estacional, de tal modo que trabajaba durante el curso académico como profesora de educación física y, en verano, como enfermera. Acciones así reflejan su pasión por el estudio y el progreso por el que apostó, tanto para sus hermanos, como para ella.

Quienes conocen bien a María del Carmen, señalan que las profesiones que han marcado su vida (docencia y enfermería) están vinculadas con el contacto humano y

a la ayuda a los demás. En definitiva, un fiel reflejo de su personalidad.

Familia monoparental

Las decisiones que ha tomado en su vida María del Carmen no sólo dibujan su biografía, sino que rompieron en su momento con determinados moldes sociales.

Por un lado, vivió y trabajó en diferentes ciudades, de manera autónoma e independiente de su familia. De

otro, afrontó la maternidad en solitario a una edad en la que, en aquel momento, se consideraba avanzada. El detonante fue la emisión en el programa *“Documentos TV”* de

un documental sobre la situación de las familias chinas, presionadas bajo la política *“del hijo único”* a tener únicamente un hijo. En multitud de casos, las familias que tenían niñas, las daban en adopción a orfanatos en condiciones deplorables. María del Carmen narra como vio ese mismo documental dos veces. *“Me tocó el corazón y me dio el impulso que necesitaba para poner en marcha el complejo proceso de adopción”*.

En las navidades de 2001, María del Carmen formó su propia familia monoparental al adoptar a Irene, una niña de catorce meses procedente de China que, refiere, “*es su ser más querido y la mejor decisión de su vida*”. Irene ya ha cumplido veintitrés años.

La jubilación, una nueva etapa

Llegado el momento de su jubilación, María del Carmen explora varios territorios para seguir sintiéndose activa, como el centro de mayores de Villanueva de la Serena,

la localidad en la que reside. Allí colabora de manera permanente tanto impartiendo talleres como siendo voluntaria del centro. También es vocal de *AVIMEX*, una entidad sin ánimo de lucro que capacita y alfabetiza tecnológicamente a personas mayores de cincuenta y cinco años para que, más tarde, éstas desarrollen su voluntariado transmitiendo sus conocimientos a personas de colectivos que puedan necesitarlos. Pero no sólo eso. Además desarrollan talleres de memoria o proyectos sociales como el que está deseando comenzar en el Hospital Don Benito-Villanueva, de “*cojines solidarios*”, en favor de las mujeres con cáncer.



A pesar de sus múltiples activismos, María del Carmen no ha olvidado su pasión por la formación continua y por la importancia de seguir incorporando aprendizajes a lo largo de la vida. Así pues, asiste a cursos en ramas del saber tan diversas como la ornitología, la decoración floral o la herboristería.

Además, en su tiempo de ocio, disfruta participando de viajes culturales que le ayudan a ampliar horizontes y a seguir adquiriendo nuevos conocimientos. Goza de *“ir integrando nuevos aprendizajes”*, relata, y es entonces cuando verbaliza el consejo que desea compartir con las personas más jóvenes: *“Que disfruten de cada momento pero sin perder la cabeza. Que respeten, no critiquen, y que no dejen de defender sus derechos, con educación, para poder ser escuchados”*.

En su tiempo de ocio, disfruta participando de viajes culturales que le ayudan a ampliar horizontes.

“Pide las cosas por favor y da las gracias”, les recuerda. Y añade la importancia de que luchan para labrarse *“el porvenir que les guste, para que nadie les tenga que mantener el día de mañana”*, refiere. E insiste: *“el saber te hace libre”*.



María Jesús Barroso Pastor

87 años
Puebla de Alcollarín (Badajoz)

“ *Infancia de yoyó y pulseras de
caramelo.*

*Adolescencia de sabor de hogar y
castañas asadas.*

*Un giro de 360° sacude la vida adulta,
repleta de nostalgias, ausencias, pero
también de apoyos incondicionales.*

Esos que siempre nos sostienen.



María Jesús Barroso Pastor nació el veintiseis de julio de 1936 en la localidad pacense de Casas de Don Pedro.

La suya era una familia constituida por sus padres, de nombres Alejandra y Juan, y por cinco hermanos: Vicente, Mariano, María y Francisca. Ella, la menor de todos ellos, fue la única que *“tuvo el privilegio de poder ir a la escuela”*. En su primer día de clase tenía siete años, el último, once. No pudo alargar más su aprendizaje escolar porque su madre quería que aprendiera a coser en una sastrería de pueblo y que se familiarizara con todas las destrezas de ese oficio.

Su padre trabajaba en la huerta. Uno de sus hermanos le ayudaba. Por su parte, su madre, vendía en el mercado los productos que cosechaban en el campo. Eran todas persona muy trabajadoras. De hecho, tenían todo lo necesario para seguir adelante sin que les faltara de nada. Eso sí, a la hora de comprar, *“nos conformábamos con productos baratos, que eramos una familia humilde y no necesitábamos derrochar tanto dinero. Había que ahorrar”*.

María Jesús evoca una relación excelente con su familia. En especial de su infancia, habla como de una etapa muy feliz, en la que disfrutaba de cada segundo y recibía el cariño de todos los que la rodeaban.



Uno de sus juguetes preferidos, relata, *“era el yoyó. También me encantaba hacer pulseras de caramelo”*.

Sus amigas eran un pilar fundamental para María Jesús. Tenían con ellas una relación estrecha y repleta de complicidades. Lo que más le gustaba era bailar, disfrutaba muchísimo. Una de sus épocas del año favoritas *“era el Carnaval, donde preparábamos nuestros trajes muy emocionadas”*.

Poco a poco, María Jesús iba creciendo. La adolescencia fue para ella *“una gran etapa”*. Descubrió nuevas experiencias que, con el tiempo, hicieron de ella una mujer fuerte y trabajadora.

De aquellos años, María Jesús rescata algunos recuerdos hermosos: *“Lo que más me gustaban eran los bailes que se celebraban en el pueblo y, lo que menos, que mis padres me dijeran que regresara pronto a casa”*. Para salir le daban muy poco dinero. Con él se *“compraba algunas chucherías”*.

Además de esos míticos bailes, María Jesús también recuerda con cariño las reuniones sociales que celebraban en las casas de sus amigos *“y lo bien que nos*

sentíamos en esos momentos”. Al hablar de ello, María Jesús vuelve a sentir el olor a castaña asada que comía en esos eventos. Le fascinaban.

También disfrutaba enormemente de las tradiciones de su pueblo, como la feria de abril de ganado, la matanza en pleno invierno, ir a misa, a las procesiones de Semana Santa, ... *“Aquella época era muy religiosa”*, señala María Jesús, que la compara con el tiempo presente y evidencia las diferencias. *“Todo ha cambiado mucho, y no para bien”*, expresa.

Una de sus épocas del año favoritas “era el Carnaval, donde preparábamos nuestros trajes muy emocionadas”.

El tiempo del amor

A los diecinueve años María Jesús conoció a Antonio, su futuro marido. Él se trasladó a vivir a la misma calle en la que ella vivía, y esa vecindad inesperada propició el inicio de su historia de amor.

“Al principio, no sabía si era el hombre más idóneo para mí”, relata María Jesús, ya que en aquel momento tenía varios pretendientes, pero, finalmente, se decantó por él, *“porque provenía de una familia muy buena, responsable, trabajadora y porque tenía mucha labia”*.

María Jesús tenía veinte años cuando, un domingo, en el baile, él la pretendió. Como marcaban los protocolos sociales de aquella época, Antonio tuvo que pedir a los padres de María Jesús el permiso necesario para poder salir juntos. No hubo ningún problema. Ellos, *“encantados y muy orgullosos”* le dieron su consentimiento para que empezaran a conocerse mejor.

A su marido, María Jesús lo describe como diferente: *“pocos había como él, con mucha sabiduría, cultura y con un gran don de la palabra”*, relata. *“Era una buena persona, educado y muy trabajador”*.

Antonio, como toda su familia, se dedicaba a ser tratantes. Viajaban mucho, lo que provocó que durante su noviazgo, que duró cuatro años, se vieran poco.

Durante aquellos años, María Jesús se dedicó a preparar su propio ajuar para cuando llegara el día de su boda poder llevárselo a su futuro hogar.

Con veinticuatro años María Jesús se casó con Antonio. Recuerda como aquel día *“tuvimos que madrugar bastante para confesarnos ante el cura”*. La boda se celebró en casa de su suegra. Allí su familia mató unas cuantas cabras e hicieron comida para los asistentes a la ceremonia.



Recuerda ese día como una jornada repleta de alegría e ilusión. Y no sólo ese día, también el siguiente, *“pues como era tradición, se celebró la tornaboda”*.

Un giro de 180 grados

A partir de aquel momento, María Jesús confirma que, literalmente, su vida *“dio un giro de 180 grados”*. Todo cambió por completo. En comparación con su feliz infancia y juventud, comenzó una etapa bastante dura plagada de acontecimientos que marcaron su corazón de dolor.

María Jesús y su marido siguieron viviendo en el pueblo, en Casas de Don Pedro, hasta que decidieron marcharse a Villar de Rena por motivos laborales. *“Llegó el regadío y a mi marido, que trabajaba en el campo, le interesó la oferta. Así que hasta allí que nos fuimos a vivir, a casa de los suegros”*. Dos años más tarde, marcharon a vivir a Puebla de Alcollarín. *“A mi marido le concedieron la parcela, y allí hemos vivido setenta años”*, relata María Jesús.

No fue fácil adaptarse al cambio que supuso vivir fuera de su pueblo y *“menos, con las malas combinaciones de autobuses que había”*. Los padres de María Jesús

se quedaron en Casas de Don Pedro y ella les añoraba enormemente.

Al poco tiempo, cuando ella tenía veintiocho años, falleció su padre y la tristeza que le provocó la sumió en un riguroso luto de varios años sin salir de casa. Poco tiempo después, falleció también su madre. María Jesús sintió que, en ese momento, *“se derrumbaban los dos pilares que sostenían mi vida”*.

María Jesús no quería tener hijos de primeras. Prefería poder reunir algunos ahorros antes y poderles dar una buena vida, pero no tardaron en llegar. Antes del fallecimiento de sus padres, aún en Casas de Don Pedro, nació su primer hijo. Lo llamaron José Antonio.

Cuando María Jesús recuerda su parto, narra como ese día su marido no se encontraba

con ella *“porque estaba trabando fuera del pueblo”*. Esto aumentó su sensación de nerviosismo y de miedo. Su tío fue el encargado de avisar a Antonio a través del teléfono que había en la panadería ya que *“en aquellos tiempos sólo había unos cuantos teléfonos en el pueblo”*.

“Llegó el regadío y a mi marido, que trabajaba en el campo, le interesó la oferta. Así que hasta allí que nos fuimos a vivir...”

El suyo fue un parto largo y de gran esfuerzo. *“Como además, en aquella época no había tantos avances tecnológicos, no se podían hacer exploraciones más profundas”*, señala.

Nacido el niño, no terminaron las dificultades, ya que el bebé contrajo algunas enfermedades a las que les costó encontrar una cura. *“Recorrimos tantos lugares, que al fin lo conseguimos”*, destaca María Jesús.

Superado ese trance, el pequeño fue creciendo como un niño travieso e inteligente. Como aspiraba a *“llegar a ser alguien importante”*, con estudios superiores, se marchó a Madrid a realizar la carrera de economía. Se casó y tuvo tres hijas, pero falleció a los cincuenta y un años a causa de un cáncer. Una pérdida que sumió a María Jesús en un gran sufrimiento.

Cuando ella tenía treinta años, nació su segundo hijo, Jesús, del que señala, *“era menos listo que José Antonio, pero era mucho más trabajador”*. Se llevaba cuatro años con su hermano mayor. Él también estudió económicas, como su hermano, pero tampoco pudo ejercer la profesión, pues cuando cumplió los veinticuatro años, se suicidó. Dejó una carta en la que, en resumidas cuentas, explicaba a sus familiares que *“se sentía sólo y acorralado”* y que *“cuidaran de su hermano José Antonio”*.

Una vez más, un golpe desgarrador para María Jesús. Ella lo describe como el peor día de su vida. Un *“sufrimiento hondo”* que, a día de hoy, indica emocionada, no ha conseguido superar. Las dos muertes de sus dos únicos hijos, a tan temprana edad, *“son acontecimientos catrastróficos”*.

A esto hay que sumar el trance que le supuso convivir con su propia enfermedad. Fue a partir de los cuarenta y nueve años cuando ella comenzó a tener sensaciones



a las que al principio no dio importancia, como el entumecimiento de sus manos. Se le ponían de color morado debido a que la sangre no le circulaba bien. Tras ir a varios médicos, sin diagnóstico ni tratamientos que la sanaran más allá de los que paliaban sus síntomas, se encontró con un médico reumatólogo que le diagnosticó artritis reumatoide. Tener un diagnóstico le facilitó encontrar la medicación necesaria para paliar el dolor y el resto de síntomas asociados, aunque con el paso del tiempo, ha sido una enfermedad degenerativa que la ha ido invalidando hasta tal punto que le ha impedido realizar sus actividades de la vida cotidiana de forma autónoma.

Su gran apoyo, su marido Antonio se jubiló a los setenta y cinco años. Su rutina entonces se redujo a salir a dar paseos o a tomar su café. Además encontró un hobby que le distraía bastante la mente: realizar bastones. Y por supuesto, debido a la enfermedad de María Jesús y a su sintomatología cada vez más avanzada, Antonio asumía, según pasaba el tiempo, más tareas del hogar.

Una nueva etapa de vida

María Jesús se sometió a multitud de operaciones que aspiraban a mejorar su estado de salud, pero, al cabo de

un tiempo, contrajo un virus bastante agresivo. Además, y fruto de su debilidad, sufrió una caída y un gran golpe en la cabeza, que terminó por convencer al matrimonio de que lo mejor era iniciar una nueva etapa de sus vidas, esta vez, dejando su casa e ingresando en el Centro de Mayores “*El Encinar de las Cruces*”, en Don Benito.

Al poco tiempo de su llegada a la residencia, Antonio comenzó a sufrir deterioro cognitivo y, a los cuatro meses, falleció. Fue otro gran golpe para María Jesús, ya que “*mi Antonio era toda mi vida*”.

Con él había transitado todas las adversidades que la vida le había puesto en su camino y habían compartido, además de dolor, todo el apoyo para superarlo, “*aunque él se guardaba todo para dentro*”. María Jesús aún se emociona al recordarlo pero, con mucho tesón, evidencia que logró salir adelante. Lo intenta cada día, y cada día que pasa, esta mujer valiente lo logra.

A todas las personas que la rodean en su centro les asombra la fuerza de voluntad que empeña para que así sea. “*Mi nuera María José es un gran apoyo para ello, se porta muy bien conmigo*”, confirma mientras se sostiene en su fe, en su valor y en el calor reconfortante del cariño que recibe.

María de los Remedios Candelario Soto

79 años

Los Santos de Maimona (Badajoz)

“ *Entre presatelas, canillas, pedales y un
miajón con olor a infancia.
Entre palabras del terruño, más
valoradas en la distancia.
Una luz que brilla,
aunque se barrunten “recios nubarrones
pardos”.
Reme, la de las máquinas, una mujer
raíz.*



Como un regalo del día de Reyes, María de los Remedios Candelario Soto llegó a este mundo, en concreto a Los Santos de Maimona, el seis de enero de 1944.

Su padre se llamaba Hipólito y era agricultor. Su madre, de nombre Estrella, estaba al cargo de la casa. Solo tuvo un hermano, Juan Antonio, tres años mayor que ella.

Siendo solo una niña Remedios compaginaba el colegio con el aprendizaje de todo un arte: la costura. Narra como por las mañanas en el colegio *“se impartían las clases como ahora, de materias habituales, pero por las tardes, de tres a cinco, a las niñas nos enseñaban a coser y a bordar”*.

con sólo once años montó su propio taller de costura y daba clases en su casa a otra niñas.

Su vínculo con el oficio era tal que con sólo once años montó su propio taller de costura y daba clases en su casa a otra niñas. *“Llegaban con su silla y su peseta y yo les enseñaba lo que sabía”*, narra. Transmitía con enorme pasión los detalles del corte y la confección hasta tal punto que sus iguales la llamaban *“la costurera”*. Las clases las impartía de cinco a ocho de la tarde.





Además de enseñarles sus primeras destrezas, *“cuidaba de ellas y le servía de desahogo a sus madres, que tenían un montón de hijos que cuidar”*.

A los catorce años Remedios recibió en Zafra una formación con la que aprendió a bordar a máquina y, como en ocasiones los oficios nos definen socialmente, a María Remedios, todo el mundo en Los Santos pasó a conocerla ya como *“Reme la de las máquinas”*.

Algún tiempo después, con diecisiete años, le llegó la oportunidad de ser representante de *Singer*, una conocida marca de máquinas de coser.

La mecánica de aquel momento partía de cursos volantes, formaciones gratuitas que ella impartía para facilitar un acercamiento a la máquina de coser. Al término de las mismas, ofrecía a las inscritas en la formación la posibilidad de comprarlas. *“Era difícil negarse”*, relata Reme, *“sobre todo después de que las nuevas costureras hubieran hecho a máquina cojines, sábanas... La mayoría de las chicas se la compraban”*.

Tanto es así, que Remedios puede presumir de haber enseñado a coser y a bordar a multitud de mujeres de su pueblo. Y no sólo de su localidad, porque con *Singer*, las mencionadas formaciones las realizó por toda

Extremadura. Con el paso del tiempo, Remedios terminó por ser una auténtica referencia de la marca.

Fue precisamente en la labor que desarrollaba para la empresa *Singer* fuera de su pueblo, donde Remedios conoció Felipe, que marcaría el devenir del resto de su vida. Fue en Monesterio, uno de los pueblos donde impartía la formación. Él, que era herrero, más tarde sería su marido. Se casaron en 1969 y juntos tuvieron cuatro hijos a los que llamaron José Carlos, Juan Antonio, Estrella María y Daniel.



Una historia marcada por la emigración

Como a tantas personas en aquel tiempo, las motivaciones laborales les llevaron a emigrar a Barcelona. Corrían los años 70.

Por entonces Remedios ya había dejado el mundo de las máquinas de coser y se dedicaba plenamente al cuidado de sus hijos.

En aquella época *“apenas tocaba la costura, sólo hacía alguna pieza como costurera, poco más”*. Sin embargo, *“las vueltas que da la vida”*, bromea Remedios, un día entró en una tienda a comprar hilos. Precisamente era una tienda de la marca Singer. *“Y dio la casualidad de que estaban buscando a una chica para vender máquinas de coser y para atender la tienda”*. La entrevistaron y daba tanto el perfil que buscaban, que no tardaron en contratarla.

En la empresa le dieron a María de los Remedios muchas facilidades para compaginar su vida familiar y laboral y, con el paso del tiempo, adquirió un gran prestigio en la zona como representante de la marca. Ella era *“señorita de tienda”* y su marido acabó por ser el comisionado de ésta.



El problema llegó cuando *Singer*, “que debía dinero a los americanos, decidió cerrar la patente en España y los dos perdimos a la vez nuestros trabajos”. El mismo día, los dos quedaban desempleados y con cuatro hijos que alimentar.

Tal situación impulsó a toda la familia a regresar a Los Santos de Maimona. Corría el año 1984. Tocaba empezar de cero y así lo hicieron, de nuevo, con un negocio vinculado con la costura. Sin embargo, tocó lidiar con tiempos complejos que impidieron que el negocio se desarrollara con éxito. La clave, la salud. Reme enfermó de un riñón, “y me lo tuvieron que sacar. Ahora vivo sólo con uno”. A esto hay que añadir que su marido falleció a los cincuenta y tres años, lo que hundió anímicamente a Reme. Por fortuna “poco a poco, conseguí remontar”, señala.

Luchadora desde su más tierna infancia, María de los Remedios, sigue siendo a día de hoy una persona muy comprometida. Colabora activamente en Centro de Mayores de los Santos de Maimona, que es su segunda casa. Siempre está dispuesta a participar en las actividades que se proponen desde el centro, especialmente si pasan por recitar algún fragmento de “*El Miajón de los Castúos*” de Luis Chamizo.



Remedios recuerda que la primera vez que lo tomó entre sus manos fue en casa de sus padres. *“Era de mi madre, a ella también le gustaba Chamizo”*, narra. Su vínculo con las palabras del terruño creció enormemente durante el tiempo que estuvo en Cataluña. Explica como *“allí empecé a investigar y mi amor por la obra de autores como Luis Chamizo o Gabriel y Galán no paró de crecer”*.

Su pasión por esta obra es conocida en toda la localidad. Siempre que es posible, a María de los Remedios le encanta recitar fragmentos de esta obra,

especialmente de *“La Nacencia”*, tanto en las fiestas de pueblo, del centro... *“en todo tipo de eventos”*. En la Semana de Extremadura suelen llamarla de algunos colegios para que acuda a recitar en castúo. A base de empeño y constancia en mostrar el valor patrimonial del habla de extremeña, ha terminado por convertirse en todo un referente de la transmisión de la cultura de Extremadura. Y justo ahí, se ancla su principal mensaje a las personas jóvenes: *“No olvidéis vuestras raíces”*, les dice, *“que sepáis de donde venís”*.



María Teresa Romero Martínez

93 años
Badajoz

“ *Arte con mirada de mujer, y puntería.
La vocación de la que nunca se jubila.*

*La confirmación de que siempre es un
buen momento para comenzar. Y más, en
el terruño.*

Trazo elegante y tenaz.

*Retrato sereno, generoso, didáctico:
El de quien goza enseñando porque
“ de esta vida, no quiere llevarse nada”.*



María Teresa Romero nació en Madrid, el veintidós de septiembre de 1930, en el seno de una familia numerosa formada por Carmen Martínez de la Concha y Manuel Romero de Arcos.

Su padre nació en La Coruña, pero vivió en Madrid durante la mayor parte de su vida. Era militar y médico. Por su parte, su madre nació en la localidad pacense de Feria, pero estuvo afincada en Villafranca de los Barros hasta su matrimonio. Juntos tuvieron diez hijos y ella se dedicó por entero a cuidarlos.



María Teresa comenzó sus estudios en el Colegio Francés de “San José de Cluny”. Allí cursó hasta 2º de bachillerato. Terminó el ciclo más tarde en el Colegio de las Teresianas de la calle Goya.

Desde niña, María Teresa amó la pintura y supo que quería aprender más y más sobre esta disciplina artística.

Al terminar bachillerato, María Teresa estudió inglés y francés. Era una gran estudiante, de ahí que en el curso 53-54 obtuviera una destacada calificación en composición de literatura francesa. Durante los tres cursos siguientes, obtuvo el Diploma de ‘Estudios Superiores Franceses’, con la mención «Cum laude».

Desde niña, María Teresa amó la pintura y supo que quería aprender más y más sobre esta disciplina artística. Así que en 1956 ingresó en la Escuela de Bellas Artes “San Fernando” de Madrid y terminó su licenciatura en 1961.

Fue durante su etapa de estudiante cuando conoció a Dionisio Delgado Vallina, con quien formó su hogar. Dionisio, que era arquitecto, y se casaron el diecisiete de diciembre de 1959. Con él compartió su vida, sus

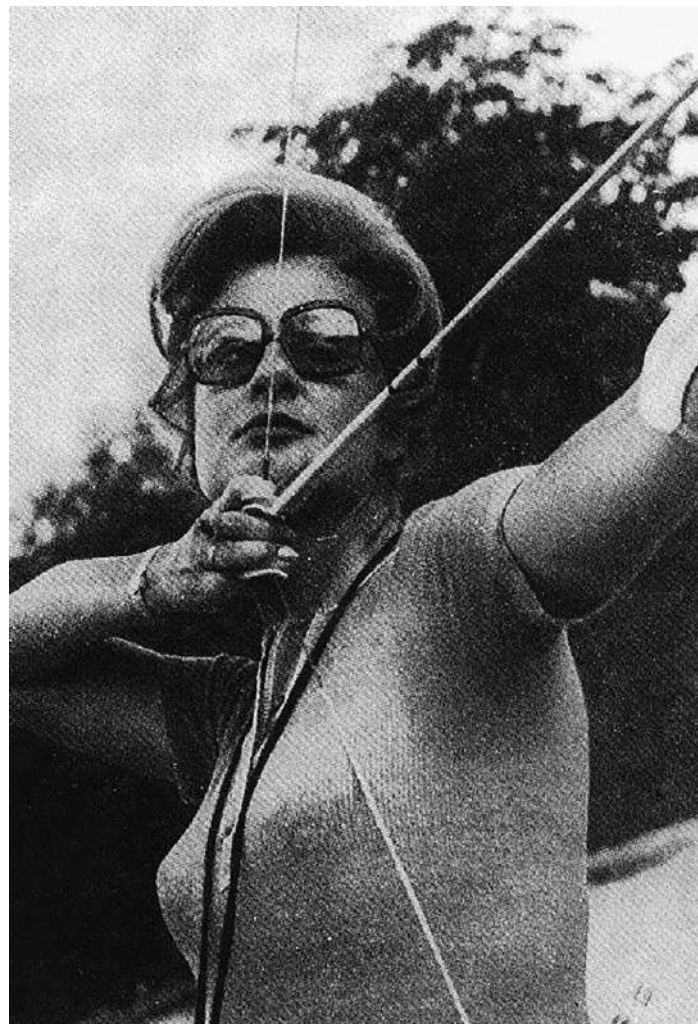
inquietudes culturales y sus aficiones deportivas hasta que falleció tristemente en el año 2012. *“Fue una persona maravillosa, que me animó a todo siempre, a que creciera en mis aficiones y talentos”*, relata María Teresa. *“Sacaba de mi todo lo bueno”*, sentencia.

Tanto Dionisio como María Teresa se sentían estrechamente vinculados a Extremadura. Aunque él era de Santander y ella de Madrid, sus familiares descendían de la región y eso hizo que ambos conservaran intacto su cariño por la zona. Tanto es así, que, al casarse, tomaron la decisión de trasladarse definitivamente a Badajoz. Corría el año 1960.

Un paréntesis muy bonito

En aquella época, especialmente entre los años 1970 y 1978, María Teresa compartió con la pintura el descubrimiento de lo deportivo, en concreto del tiro con arco.

María Teresa se refiere a esa etapa como *“un paréntesis muy bonito”*. Ella ya estaba casada y su hija tenía más de diez años. El matrimonio acudía frecuentemente al campo. Allí desarrollaron la afición de practicar tiro con arco. Como les gustaba tanto, compraron arcos





más profesionales, *“y al cabo de un tiempo, creamos la Federación, que no existía”*. Fueron pioneros en la llegada a Extremadura de un deporte que desveló que, además de una gran pintora, María Teresa sería una excelente tiradora de tiro con arco. Es más, llegó a ser campeona de España en cuatro ocasiones y representó a nuestro país en las Olimpiadas de Munich del año 1972.

En la actualidad ostenta el puesto más alto logrado por una mujer española en la especialidad de tiro con arco en unos Juegos Olímpicos. Incluso ha recibido la Medalla al Mérito Deportivo, un gran reconocimiento del Estado español. Todo ello confirma, como señala María Teresa que *“cualquier momento es bueno para comenzar”*.

Corría el mes de enero de 1979 cuando María Teresa decidió abrir su academia de pintura en Badajoz. Por ella han pasado multitud de aprendices. En la actualidad, aunque los grupos son ya muy reducidos, María Teresa sigue enseñando pintura, *“de una vocación no te jubilas nunca”*, indica.

Su academia sigue abierta, y cada tarde, acude con ilusión a compartir lo que más le gusta, *“pintar, enseñar... De esta vida no me quiero llevar nada”*, relata.

Pero no sólo en transmitir conocimientos se volcó María Teresa. También goza enormemente creando, porque a día de hoy tampoco ha dejado los pinceles. De su obra, destaca especialmente la representación de la figura humana, sobre todo el retrato, aunque también ha creado hermosos paisajes y bodegones.

Desde el año 1963 hasta 2018, María Teresa ha realizado un total de cuarenta y dos exposiciones en diferentes salas de Badajoz, Mérida, Cáceres, Plasencia, Madrid, Fuenterrabía, Barcelona, Cuenca y Salamanca. La última fue la exposición antológica que le dedicó el Museo de Bellas Artes de Badajoz en el año 2018. Era la primera muestra que la pinacoteca pacense dedicaba a un mujer y en la que María Teresa expuso cincuenta y un lienzos, con obras de los años 60 y otras más recientes, entre otras un retrato de su nieta de ese mismo año.

Al ser preguntada por ello, María Teresa prefiere no pontificar consejos para jóvenes de un tiempo distinto al suyo, pues *“cada época presenta problemas distintos”*, pero sí comparte las decisiones que, a lo largo de su vida, considera que fueron acertadas. Una de ellas pasa por la claridad, por la decisión, y por la suerte: *“tuve claro lo que quería estudiar, lo supe desde pequeña, y lo pude hacer”*. Además, tuvo a su lado a un compañero de vida que la animó y la impulsó para que siempre fuera ella,



DIPUTACIÓN DE BADAJOZ

La Diputación de Badajoz se complace en invitarle a la inauguración de la exposición

María Teresa Romero

que tendrá lugar el martes 27 de febrero a las 11:30 h. en el
Museo de Bellas Artes de Badajoz,
Edificio C, C/ Francisco Pizarro

“su yo más auténtico”. De otro lado, cree que el traslado a Badajoz fue un gran acierto: *“Se suele creer que en las provincias hay menos oportunidades y que en la capital, que en Madrid, todo lo artístico es más fácil, pero no creo que en mi caso fuera así, ni en lo artístico, donde fue mucho más fácil darme a conocer, ni en lo deportivo, donde tenía el campo de tiro a diez minutos de mi casa”*.

De todo ello concluye que, si pudiera dar algún consejo de vida sería justo ese, el de tener claro lo que se desea, elegirlo y luchar por ello, *“disfrutar con ello”*, añade. *“No basar el peso de las decisiones tanto en razones*

económicas como vocacionales, para, desde ahí, lanzarse con tenacidad a por el objetivo marcado”.

Impresiona que alguien pueda ser tan brillante en ámbitos profesionales aparentemente tan dispares como el arte y el deporte. Es también reseñable, y así lo hace su entorno, la constancia en su implicación con la ciudad d Badajoz, sobre todo en asuntos artísticos. Por ejemplo desde hace diez años el Ayuntamiento pacense cuenta con su talento de manera altruista para ser jurado de la exposición anual *‘El arte con mirada de mujer’*, un asunto en el que ella, puede sentar cátedra.





Purificación Soto Díaz

80 años
Don Benito (Badajoz)

“*El desarrollo económico y social de un pueblo comienza en el aula y sólo cambiando la educación se puede cambiar el mundo.*

La educación es la solución para el futuro de un gran país”.

Purificación Soto Diaz



Purificación Soto Díaz nació en Don Benito, el tres de noviembre de 1943, en el seno de una familia trabajadora. Sus padres, Eduardo y María Josefa, inculcaron en ella y en sus dos hermanos los valores del esfuerzo, del trabajo y también valores cristianos a las faldas de la iglesia de San Sebastián como telón de fondo. Lucharon denodadamente por forjar un futuro que esperaban que fuera más amable tras la dura Guerra Civil.

Alumna brillante, Purificación estudió bachillerato y magisterio en el Colegio “*Santo Ángel*” de Don Benito. Se examinó “*por libre*” en Badajoz. Acabó la carrera con tan sólo diecisiete años. Ya por entonces, su personalidad y su inteligencia se hacían notar.

A los diecinueve años aprobó sus oposiciones con tan buena posición que se quedó dos años de forma provisional en su pueblo natal. Su primer sueldo fue de mil ciento cuarenta y una pesetas, lo que hoy equivaldría a unos ocho euros.

En aquella época eran pocas las personas que accedían a un título universitario. A las mujeres se les vetaba en gran medida el acceso a conseguir sus propias metas. En ese terreno, Puri Soto, como era conocida en su entorno cercano, fue una mujer pionera. De hecho, en 1963, era de las pocas mujeres que ya conducían en Don Benito.



La suya fue una época difícil, la posguerra dejaba su huella por todas partes. Gran parte de la población emigraba a otros países para ganarse el sustento y muchas familias quedaban divididas. Puri conoció bien esta realidad porque, al término de sus clases, solía tener una cola de mujeres en la puerta. Acudían a ella para que les escribiera las cartas que mandaban a los suyos a Suiza o Alemania, o para que les leyera las contestaciones que recibían. Encabezamientos postales en cuartillas rayadas que siempre comenzaban con el consabido “...me alegraré que a la llegada de ésta te encuentres bien. Yo bien, gracias a Dios”.

Esta experiencia le hizo tomar conciencia a Purificación del problema que suponía para estas mujeres no saber leer ni escribir. Así pues, se puso a su disposición para enseñarles. Un grupo reducido de ellas mostró un enorme interés.

Entregada a su profesión y con la ilusión soñadora de los comienzos, en el año 1964 le dieron su plaza definitiva en un pueblo cercano a Don Benito, Magacela. Allí permaneció cinco cursos como maestra de párvulos. Era aquella una escuela sin medios, en la que solo contaba con el encerado y la tiza. Su alumnado utilizaba pizarra

y pizarrín. Y ella, para ayudarles con la lectoescritura, cuadrículaba sus pizarras con pintura. Se guiaba por el novedoso método onomatopéyico, un método basado en enseñar los fonemas de cada letra (empezando por las vocales y luego las consonantes) asociados como apoyo nemotécnico a señales mímicas, previas a la escritura. Con dicho método obtuvo inmejorables resultados y bellas enseñanzas.

La suya fue una época difícil, la posguerra dejaba su huella por todas partes. Gran parte de la población emigraba a otros países

“Allí aprendí una de las mayores lecciones de mi vida. Fue algo que me sirvió y apliqué a lo largo de mi vida profesional”
– relata – *“Siempre mandaba borrar el encerado a la niña más alta de la clase. Un día, otra de las alumnas, que era muy bajita, me dijo que ella también quería borrar el encerado igualmente. Le hice ver que ella no alcanzaba y la respuesta que me dio me dejó cortada. ‘Si usted me pone una silla – me dijo – yo también podría alcanzar.’ A partir de ese momento siempre puse a los niños con mayores dificultades una silla de apoyo individual e intenté darles las mismas oportunidades que a los demás. Un buen profesor, aunque debe premiar al alumno excelente, no debe olvidar nunca ni dejar de lado a los menos dotados”.*

Otro ejemplo del carácter firme y determinante de Purificación lo evidencia que fue la primera mujer que entró a ver la televisión en el Centro Social de Magacela. Recordemos que, en aquel lugar, por aquel entonces, en el Centro Social sólo entraban hombres.

En Magacela aconteció otro hecho de especial trascendencia para su vida. Allí, en la feria del pueblo precisamente, conoció a quien más tarde sería su marido, el Ingeniero Técnico Agrícola, Félix Calderón, emeritense. Juntos tuvieron tres hijos.

Desarrollo profesional

En el curso 1970/1971 Purificación llegó al colegio público “Francisco Valdés” de Don Benito. Había entrado en vigor la Ley General de Educación Básica (E.G.B.), y el centro había sido elegido por la Inspección Provincial para impartir un curso experimental, 5º curso.

La directora en aquel momento, doña Pura Barroso, que era una mujer con gran instinto, se lo asignó a Puri. Veía en ella dotes innatas para la enseñanza y una excelente preparación profesional. Y no defraudó. La docente consiguió llevar la experiencia de forma muy acertada con un sistema de educación personalizada a base de fichas que ella misma elaboraba.

Más tarde pasó a la segunda etapa de E.G.B. para impartir el 6º, 7º y 8º cursos. Fue la coordinadora desde el curso 76/77 hasta que fue nombrada directora del centro por la Inspección en septiembre del 1981, en principio de forma provisional. Más adelante ganó la plaza por concurso oposición.

Aquel colegio se encontraba en la calle Consuelo Torres. Pero, tenía cuatro edificios más, repartidos por el pueblo, donde un nutrido claustro de profesores impartía sesiones de mañana y tarde a más de mil alumnos.

Al albor de una democracia naciente, en una Extremadura que despertaba poco a poco, en Don Benito resultó todo un revulsivo aquel equipo de jóvenes docentes vitales, enérgicos y con ilusión. Al frente, Puri lideraba la búsqueda de nuevas fórmulas educativas especialmente centradas en elevar la moral del alumnado y en sembrar en ellos y ellas el deseo de lograr un ideal de cara a futuro. El suyo era un planteamiento que distaba mucho de los los sistemas memorísticos establecidos hasta entonces.

Fueron años de experimentación, que partían del convencimiento de que la educación en el aula es el motor del desarrollo de la sociedad del futuro.

Años de trabajo y evolución

Nuevas ideas, nuevos proyectos. Purificación se embarcó entonces en aportar al centro más fórmulas novedosas y, tras cursar los correspondientes estudios en la Escuela de Idiomas de Madrid y después en la oficial de Don Benito, se convirtió en la primera profesora de inglés de un colegio público de su ciudad.

Junto a don Tomás Chiscano, director del proyecto “Radiopeque”, impulsó una radio escolar con muchísimo éxito entre el alumnado, “una experiencia preciosa”, relata Purificación.

Además, creó con su alumnado de 8º la revista “A por todas” y participó en programas de televisión como “Viva la gente del cole” de Antena 3, un concurso de preguntas y respuestas, quedando subcampeones de España.

Al tiempo, asistía a cursos de formación que se impartían en el centro de profesores (CEP), cursos de especialización en lengua española, inglés, francés, varios cursos de dirección de centros docentes y cursos de audiosistemas y nuevas tecnologías didácticas.

También asistió al seminario permanente de lengua.



Como puede observarse, fueron años de intensa actividad, donde Puri escribió muchos artículos. Pero su actividad no fue solo académica. En aquel tiempo, Puri también se implicó en la parroquia de su barrio. Allí preparaba a niños y niñas para la Comunión y la Confirmación. También participaba como miembro activo de la asociación de padres del Conservatorio Elemental de Música, con un interés especial en transformarlo en Conservatorio Profesional.

Puri creó con su alumnado la revista “A por todas” y participó en programas de televisión como “Viva la gente del cole” de Antena 3...

Toda esta actividad, sin descuidar a su familia, de la que era el alma. Casada con Félix, crearon un hogar con tres hijos, de nombres Carlos Félix, Teresa María y María Mercedes. Ellos, pero también sus sobrinos, se vieron revestidos por la pátina de su amor por la enseñanza y el valor de la educación en la vida. Reflejo de ello pudiera ser que absolutamente todos hoy son licenciados universitarios, gracias, en gran medida, a la huella que les dejó Puri.

Años más tarde, al desaparecer la segunda etapa de E.G.B., con la llegada de un nuevo sistema educativo, Puri se quedó en primaria como especialista de inglés. La nueva norma implantó la asignatura de inglés en la educación infantil, así que ella coordinó el proyecto y con el equipo, elaboró un material tan instructivo y pedagógico que junto con una compañera, Visi Sánchez, lo expusieron en muchos CEP de la provincia.

Inquietud constante

Después de dedicar cuarenta y dos años a la enseñanza, Puri se jubiló en 2004. Dijo adiós a las aulas dejando un recuerdo imborrable en todos aquellos que pasaron por ellas y por su forma de enseñar y transmitir única, personal. En su planteamiento docente convivían en armonía un carácter recto y disciplinado, una entrega constante, la búsqueda de la perfección y un denodado esfuerzo por exprimir al máximo las capacidades individuales del alumnado, ganándose, a la vez, su complicidad. Puri recuerda como hace poco tiempo, en la carnicería, coincidió con una ex alumna suya, ya jubilada también. Ella dijo en el establecimiento: “*doña Puri fue mi maestra y fue quien me hizo ser maestra*”. Puri sonríe. “*Momentos así me llenan de satisfacción*”, expresa.



El afán de superación de Puri es inagotable, va en su ADN. De hecho, una vez *“dejó la tiza, dio paso a las tijeras”*. Con más tiempo libre y con los que consideraba los deberes familiares cumplidos, Puri dio paso a un proyecto que había relegado muchas veces: el corte y confección. *“Antes de jubilarme tenía que dar todo para que me lo confeccionaran otras personas y siempre dije que, cuando me jubilara, lo haría yo misma”*. Y así fue. Nada más terminar su vida profesional, se apuntó a clases de costura, hasta el punto que hoy día *“me lo hago todo: abrigos, pantalones, chaquetas,... lo que haga falta”*, relata.

Desde la crisis pandémica, su aprendizaje quedó bloqueado, pero está deseando retomararlo de nuevo con Manoli, su profesora, *“para renovar mi armario”*, expresa.

Su deseo de no perder vitalidad ni actividad cerebral con el paso inexorable del tiempo hace que Purificación se implique frenéticamente en actividades diversas. En la actualidad pertenece a la asociación de encajeras, hace yoga, también es experta en el hábil arte de los bolillos, pertenece al club de lectura del centro de mayores, practica y perfecciona diariamente su ajedrez y es miembro del consejo pastoral de la parroquia hasta el punto de que ha asistido a todos los cursos

de la escuela de agentes de pastoral desde el año 2007 hasta el 2020, año en el que fue suspendido por la pandemia de la COVID19.



Como amante de su tierra y embajadora de su pueblo, Puri difunde los parabienes y la riqueza de su región allá donde va. A todas la personas a las que habla les insiste en que *“Extremadura es una región maravillosa y el mejor sitio para vivir”*.

“Don Benito daría para más de una semana de visita guiada sin perder un momento y aún me faltarían cosas por enseñar” manifiesta Puri. Así es esta mujer increíblemente activa, que no perdona el café de los

lunes con aquella generación de profesoras, aquel grupo docente fantástico con el que compartió mágicos años de transformación del sistema educativo y que colaboraron intensamente con el desarrollo de la sociedad tal y como la conocemos hoy. Todos los lunes se reúnen para departir de sus familias, de su día a día, de la actualidad y de sus proyectos e ilusiones. Puri Soto acude siempre, aportando e impregnando la charla con su forma tan particular de ver la vida. Pasa el tiempo, pero el resto de sus compañeras siguen viéndola como el alma joven que sigue siendo, ávida siempre de nuevas experiencias.

Su sobrino Ramón García-Adámez Soto, facilitador de este relato, reflexiona sobre ello, y sobre las fechas que lo enmarcan: *“1943 y 2023. Dos años entre los cuales se ha vivido la mayor y más rápida transformación de España nunca antes vista. Una transformación política, social y cultural sin parangón en un período corto, un cambio radical de estilo de vida. Dos fechas que navegan entre una dictadura y una democracia, entre una existencia basada en la sumisión al trabajo de forma abnegada como único fin y el encuentro con la libertad y con el estado del bienestar. Generaciones que han bebido nuevas ideas, nuevos conceptos, nuevas formas de entender la realidad, y que han tenido que asumir un progreso vertiginoso a marchas forzadas. Puri Soto es*

testigo y participe de este proceso dentro de su pueblo. En primer lugar ha sido una mujer adelantada a su tiempo, vital, luchadora, dinámica y con unos principios férreos heredados de la familia. En segundo lugar, como profesora, ha demostrado una profunda vocación, un ansia de conocimientos constante, un carácter perfeccionista e innovador. Y en tercer lugar, como ser humano, Puri ha estado siempre comprometida con su entorno y con la sociedad.

Ha sido, es y será siempre una Profesora con mayúsculas, dotada de un instinto pedagógico sin parangón que hace que todos los que han pasado por sus aulas hayan quedado impregnados de un barniz especial; cientos de niños cuyas mentes tuvieron la inmensa suerte de ser modelados por ella”.

Por sus ojos han pasado ya casi ocho décadas, las suficientes como para observar que “*los intereses de la gente joven se limitan a la música, los conciertos y los viajes*”. Cuando piensa en ellos y en el futuro les anima a “*llenar el corazón con más cosas*”, a mirar a su alrededor e implicarse con las numerosas causas sociales que les necesitan. “*Que reflexionen sobre ello, tienen la edad perfecta para implicarse*”.



Rita Leandro Gómez

78 años
Miajadas (Cáceres)

“ *Mañanas de leche en polvo,
versos en la voz de su padre en las noches
de invierno y picaresca infantil.
Más que juguetes, libros.
El más especial, un día de Reyes, ¡en
extremeño!*
*De la sastrería de Don Gervasio a un
amor a primera vista, cincuenta y cuatro
años más tarde.
Carácter arrollador,
incansable en su labor,
y siempre, palabras del terruño en sus
labios.*



Rita Leandro Gómez nació en Logrosán, un pueblo rodeado de montañas, en Las Villuercas extremeñas. Corría el año 1945. Allí vivió hasta los cuatro años, momento en el que su padre, Julián, encontró un trabajo en otra localidad. Él y su madre, Florentina, tomaron la decisión de trasladar a la familia a ese lugar, a Madroñera, un pueblo cercano.

Fue en Madroñera donde nació su hermano Agustín, el menor de tres. *“Su nacimiento para mí, que era la primogénita, fue una inmensa alegría porque tuve el privilegio de ayudar a mi madre a criarlo”.*

Como su padre era camionero, pasaba mucho tiempo de viaje, así que *“una mujer sola, en un pueblo forastero, necesitaba ayuda. Y esa fue mi gran suerte en aquellos años infantiles”.*

Al ser la mayor, *“me encargaba ir al horno para tostar la harina con la que después hacíamos las papillas del pequeño”*, narra Rita. Sin embargo, la picaresca infantil le arrastraba a hacer siempre un poco más para que sobrara y poder comérsela. *“¡Estaban buenísimas!”*, recuerda.

Aún hoy, Rita es capaz de evocar aquel sabor que se quedó grabado en la memoria para siempre.



También fue en Madroñera, recuerda Rita, *“donde pude consagrar mi Primera Comunión”*, un día mágico que recuerda con especial cariño.

Por los cambios de trabajo de su padre, la vida les llevó de nuevo a vivir en otra localidad, en aquella ocasión, Miajadas, *“el lugar que se convertiría en el seno de mi familia, la que yo formaría con el tiempo y la ilusión”*.

Cuando se trasladaron a Miajadas, Rita tenía diez años. Al partir, su mente le llenó de nostalgia los ojos por la tristeza que le daba dejar atrás a su grupo de amigas de Madroñera. Rita narra cómo *“en la escuela habíamos compartido inolvidables momentos; ese fue un espacio donde fui muy feliz”*.

Rita era buena estudiante y logró obtener el certificado de estudios primarios con buenas notas. *“Aquellos días de escuela fueron el germen de mi amor por los libros, que aún hoy siguen siendo mis fieles compañeros de historias ajenas”*.

En aquel colegio, allá por el año 1956, Rita recuerda como durante el recreo les ofrecían un vaso de leche de polvo, *“que nosotras mismas, las alumnas, nos encargábamos de elaborar”*. En otras ocasiones, lo que recibían era un trozo de queso amarillo envasado en

una lata y que, según les decían, lo mandaban desde el extranjero. *“Aquellos sabores repiquetean aún hoy en mi memoria como succulentos manjares de mi infancia”*.

Rita era buena estudiante y logró obtener el certificado de estudios primarios con buenas notas.



Ya en Miajadas, con once años, Rita comenzó a coser en la sastrería de Don Gervasio. *“Esa era una práctica habitual en aquella época para niñas como yo, de familias humildes, para aprender un oficio.”*



Era un interesante seguro de vida”, explica. “Pasé allí, entre planchas e hilvanes, nada más y nada menos que trece años de mi vida, trabajando y aprendiendo un oficio apasionante que todavía hoy me sigue dando alegrías”.

Al terminar su paso por la sastrería, se casó con Tomás, *“un hombre maravilloso, muy formal, bueno y prudente”*, señala. Juntos han compartido toda su vida. En 2019 celebraron sus bodas de oro, por lo que, sumado a sus dos años de noviazgo permiten calcular que llevan un camino compartido de cincuenta y cuatro años.

De sus inicios, Rita recuerda como Tomás y ella se conocieron en la boda de su hermano. *“Dicen que de una boda salen siete y muchas me parecen; pero de esta, otra sí que salió: la mía”*, expresa Rita. Aunque los dos vivían en Miajadas, nunca antes se había visto, *“pero con verlo aquel día tuve suficiente para saber que quería quedarme junto a él”*, relata Rita.

De su unión nacieron cuatro hijos: Martín, Ana Isabel, Felipe e Inmaculada, *“que son lo más grande que Dios me ha dado”*, relata.

Rita recuerda como algunas épocas de la crianza fueron duras y también las dificultades del oficio agrícola con una familia numerosa. Sin embargo, *“nuestros hijos*

han llenado nuestra vida de grandes satisfacciones y no puedo más que estar agradecida a la vida por haberme regalado la familia que hoy disfruto, junto a mí, cada día". Además, les han dado cinco nietos: Martín, Juan Manuel, David, Jesús y Bruno. El mayor tiene veinticinco años y, el más pequeño, sólo cinco.

El vínculo con las palabras del terruño

Uno de los recuerdos que Rita comparte le lleva a su infancia, a *"cómo mi padre, cuando era pequeña, acostumbraba a regalarnos libros en lugar de juguetes"*. Su trabajo de camionero le permitía viajar, relata, *"y acarreaba libros para nosotros que llenaban su regreso de ilusión"*. También viene a la memoria de Rita una mañana de Reyes, cuando descubrió en sus zapatos las *"Obras Completas"* de Gabriel y Galán.

Ella, por aquel entonces, ni siquiera sabía leer, pero supo valorar semejante obra. *"Sin duda, éste ha sido uno de los mejores regalos de mi vida, pues aún hoy recorren mi memoria esos versos del terruño que llenaron mi infancia de poesía"*, narra Rita.

Y enlazando unos recuerdos con otros, Rita rememora *"las noches, sobre todo en invierno, en las que mi padre*



me leía los poemas que tanto me gustaba escucharle”. Así, poco a poco, fue calando en ella “el habla castiza” que tanto le fascina.

“Yo tendría entonces cuatro o cinco años, no más. Pero tantas veces lo escuché y otras miles los leí que, sin darme cuenta, llegué a memorizar varios poemas de aquellos volúmenes amados. Se convirtieron, con el tiempo, en un pasatiempo mental que me acompañaba en mis quehaceres diarios de la casa. Tanto fue así que cuando mis nietos empezaron a ir a la escuela, nos pedían a los abuelos que fuéramos a contarles cuentos”. Por aquellos días, tal como relata Rita, nació esta pasión suya de recitar poemas en extremeño.

Rita detalla cómo fue: *“Un día, ya hace varios años, un señor al que yo no conocía me comentó su deseo de formar una asociación en Miajadas para recuperar este habla nuestra, el extremeño. Así fue como fundamos la asociación “Pablo González”. Al principio no éramos muchos, pero, poco a poco, hemos logrado animar a otras personas que también luchan por mantener vivos nuestros orígenes lingüísticos”.*

Aunque el colectivo no sigue en activo, gracias a él, Rita conoció a otras personas con pasiones similares a la suya, como a María de los Ángeles, *“una paisana y compañera a la que le gusta tanto como a mí recitar en extremeño”.* Juntas han participado en numerosos eventos, como el día de Extremadura, la fiesta de la Cruz de mayo, festivales escolares o días conmemorativos en la residencia de mayores. A veces, incluso, colaboran en otras localidades donde son invitados para difundir su labor o conmemorar a personalidades vinculadas al castúo. *“De esta*

manera conseguimos mantener vivo este tesoro que nos dejaron nuestros abuelos y bisabuelos con el fin de que lo conozcan las generaciones jóvenes y sepan valorarlo como se merece”, explica Rita.

A pesar de no haber podido acudir durante mucho tiempo a la escuela, a Rita le apasiona la lectura y, en concreto, la poesía. Como aficionada, *“picoteo de la escritura de poemas, no sé si bien o mal, pero me salen desde muy adentro. He tenido el valor, con miedo y pudorosa, de participar en algún certamen de poesía, donde me fue reconocida mi labor con algunos premios, de los cuales me siento orgullosa”.*



Además de la literatura, a Rita también le gusta el teatro y ha participado en algunas representaciones teatrales, como *“La batalla de la Degollá”*, *“La última ilusión”*, *“La piel del predicador”*, y con la asociación *“Pablo González”*, en *“El círculo del 99”*, interpretada íntegramente en habla extremeña.

Rita reflexiona sobre la juventud y destaca cómo *“hay gente buenísima”*. Lamenta que *“suene más lo malo que lo bueno”*, porque le consta que hay personas jóvenes de enorme corazón. A todos ellos y ellas les aconseja que *“sean buenas personas, educados y responsables”* y, por encima de todo, que *“aprovechen las oportunidades que este tiempo les brinda para labrarse un futuro”*. Ella no las tuvo en el terreno académico *“y, aunque fui muy feliz, tengo esa espinita clavada de todo lo que me hubiera gustado estudiar una carrera”*. Se emociona al evocarlo. *“Tengo clarísimo cuales serían: historia o literatura”*.



memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR



mirando al futuro. participa

EL CAMBIO DEMOGRÁFICO CAMINANDO HACIA NUEVOS ESCENARIOS

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR



JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Sanidad y Servicios Sociales